

CRISTIANIDAD



78

RAZON DE ESTE NUMERO

AÑO IV
15 JUNIO
1947

Presentados paralelamente entre sí y respecto de los hechos consecuentes a su actividad política presentamos en este número unos cuantos personajes, protagonistas centrales de los acontecimientos más decisivos que han ido sucediéndose a lo largo de la última centuria.

La gestación del moderno imperio alemán y de la unidad italiana afectan radicalmente a Europa y la convierten no ya sólo en un campo de batalla sino también en un campo de experimentación política. En todo caso los dos movimientos se colocan de modo amenazador enfrente de la Iglesia. No son desconocidos de nuestros lectores estos hechos. Hemos tenido ocasión de hablar a menudo de la formación de la moderna Italia bajo la corona saboyana. También lo hemos hecho de Alemania.

Pero hoy vamos más allá: intentamos establecer un paralelo entre los hombres y las circunstancias de ambos países. No hay duda de que hasta cierto punto la suerte de los dos pueblos una vez emprendida aquella ruta, estaba echada desde un principio y les llevaba, por vías similares, a un mismo punto de llegada, a un fin idéntico.

Esto es lo que vamos a ir viendo a través de los artículos del presente número. Desde las guerras emprendidas «a sangre y fuego» para la consecución de la meta perseguida, hasta las catástrofes respectivas sobrevenidas hace escasamente dos años, y presidiéndolo todo, el odio, la tenaz persecución de la Iglesia y de la religión.

El Editorial lleva por título: **Dos hombres, dos pueblos**. Siguen los artículos: **Dos hombres, dos reyes**, por Luis Luna (págs. 267 a 269) que sitúa las figuras de aquellos dos reyes Guillermo I y Victor Manuel II que lanzan a sus ministros, los verdaderos cerebros de la empresa, a la consecución de sus fines.

A continuación el artículo **Dos hombres, dos guerras**, (págs. 270 y 271) en el que se relatan los distintos episodios de las campañas llevadas a cabo por Alemania e Italia en busca de la unidad.

Sigue el artículo titulado **Dos hombres, dos crímenes**, debido a José Oriol Cuiff (págs. 272 a 275) que habla de la lucha en contra de la Iglesia en ambos países, del «Kulturkampf» y una de las víctimas Windthorst, de la unidad italiana y otra de ellas, el Papa Pío IX.

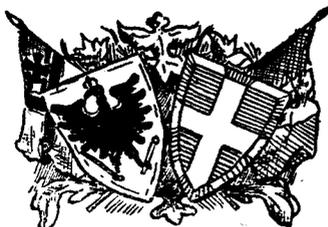
Sigue el artículo **Dos hombres, dos catástrofes**, (págs. 278 a 281) por Luis Creus, quien habla de la gestación del desastre y del desenlace en las épocas todavía vivas en la imaginación de todos, encarnándolo en las personas de Hitler y de Mussolini.

Finalmente publicamos un artículo **Dos hombres, dos liberalismos**, de Jaime Bofill, que analiza los principios políticos latentes en aquellos movimientos. El liberalismo, aunque en algún caso pudiera parecer o resultar paradójico, es la idea que alimentan los dos fautores de todo lo que en los otros artículos se ha ido estudiando: Cavour en Italia, Bismarck en Alemania.

Ilustran las páginas centrales unos mapas de Italia y Alemania, y completan el número fragmentos curiosos de las cartas de Bismarck: **A mi novia y esposa**, y de la obra «**Germania**» de Hugo Scherr, escrita hace más de setenta años.

En la sección de actualidad publicamos un artículo sobre algunas corrientes actuales del pensamiento, titulado **La polémica del Maritainismo**, por J. B. B.

Ilustran este número grabados debidos a Ignacio M. Serra Goday y Dolores Creus.



La Revista **CRISTIANDAD**

tiene lectores en los siguientes países

Europa

BELGICA: Lieja

INGLATERRA: Londres, Oxford, Newcastle-On-Tyne, Eastbourne, Chipping Northon

IRLANDA: Dublín, Killaloe, Ballinasloe, Cappoquin, Cashel

ITALIA: Roma, Milán, Florencia, Génova

PORTUGAL: Lisboa, Porto, Coimbra, Braganza, Braga, Leiria, Cova de Iria, Vilanova de Gaia, Covilha, Campo Maior, Foz de Douro, Negrellos, Peniche, Tomar

SUIZA: Zurich, Friburgo, Locarno, Losana, Orsonnens

Asia

INDIA INGLESA: Bombay, Bhavnagar, Buksar

Africa

MARRUECOS ESPAÑOL: Tánger, Melilla, Tetuán, Segangan

América

CANADA: Ottawa, Quebec, Montreal, Edmonton

ESTADOS UNIDOS: Nueva York, Wáshington, Chicago, Los Angeles, San Pablo, Webster Groves, El Paso, Alburquerque, San Antonio de Tejas

ARGENTINA: Buenos Aires, Mendoza, Santa Fe, Tucumán, Salta, Jujuy, Viedma, San Miguel, Pirovano, Morón

BOLIVIA: La Paz

BRASIL: São Paulo, Recife, Santos, Braganza Paulista

COLOMBIA: Bogotá, Medellín, Cali, Pasto, Usaquen

COSTA RICA: San José de Costa Rica

CUBA: La Habana, Santiago, Matanzas, Cienfuegos, Pinar del Río, Sancti Spiritus, Camagüey, Ciego de Avila, Florida, Guaimaro, Holguín, La Víbora, Violeta, Nuevitas, Morón

CHILE: Santiago, Concepción, Valparaíso, Los Andes, Talca, La Serena, San José de la Mariquina, Padre Lascasas, Temuco, Viña del Mar

ECUADOR: Quito

EL SALVADOR: San Salvador

GUATEMALA: Ciudad de Guatemala, Quezaltenango

HAITI: Puerto Príncipe

MEJICO: México, Puebla, Guadalajara, Coyoacán, Tampico, Chihuahua, Cuquío, Morelia, Mérida del Yucatán

PANAMA: Ciudad de Panamá

PARAGUAY: Asunción

PERU: Lima, Miraflores, Magdalena del Mar

PUERTO RICO: San Juan, Ponce, Aibonito

REPUBLICA DOMINICANA: Ciudad Trujillo

TRINIDAD: Puerto España

URUGUAY: Montevideo

VENEZUELA: Caracas, Mérida, Valencia, Bucaramanga

Oceanía

AUSTRALIA: Sydney

FILIPINAS: Manila

CRISTIANDAD

NÚMERO 78 - AÑO IV

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 23446

BARCELONA

15 Junio de 1947

Cruz, 1.º - Teléfono 25675

MADRID

DOS HOMBRES, DOS PUEBLOS

No cabe ninguna duda. El hecho político más trascendental del siglo XIX, que se ha proyectado poderosamente sobre el nuestro, dando motivo y argumento a su gran tragedia, ha sido el de la gestación de las dos unidades: la italiana y la germánica.

Ellas vinieron a destruir el «equilibrio» europeo establecido en los Tratados de Viena, y crearon un nuevo mapa de Europa, esencialmente inestable, que había de conducir, sucesivamente, a la catástrofe de 1914 y a la segunda, inmensamente peor —pero consecuencia de la primera— de 1939.

Cuando desapareció, en 1815, de la escena mundial el gran Corso, que tanto la había trastornado, el restablecimiento de aquel equilibrio fué la natural consecuencia y preocupación de las Cancillerías. El Occidente equilibrado por el Oriente. Dos grandes potencias continentales: Francia y Rusia, neutralizándose entre sí en beneficio de la única potencia esencialmente marítima: la Gran Bretaña. Y entre aquellas dos grandes potencias terrestres un mosaico de Estados, Dietas y Confederaciones en el mundo germánico, dominados, es verdad, por un Rey y por un Emperador bastante poderosos: el de Prusia y el de Austria. Pero, asimismo, neutralizados entre sí por su profundo y ancestral antagonismo. Seguía el «equilibrio».

Y más al Sur, en la Península italiana, otro mosaico de pequeños reinos o ducados ribereños al «mare nostrum», surcado no por sus navés propias, sino por las de los sucesores de Nelson, felices e indisputados dueños de unas aguas que han sido siempre centro del Mundo.

Era, como hemos ponderado antes, el «equilibrio perfecto», prelude de la «pax británica» victoriana que habrá de determinar la época clásica del liberalismo.

* * *

Mas, «quelqu'un troubla la fête». Y aquí la fiesta fué turbada, en curiosa paradoja, por los propios manejos que surgían de las brumosas orillas del Támesis, de los mismos afortunados detentadores del mundial arbitraje. Por los planes de la Secta, que tenía en aquellas riberas su alto estado mayor, aprovechándose de un doble factor: el ya citado liberalismo —«romantizado» cuando era menester disimularlo— y el creciente nacionalismo que agitaba dos pueblos que sentían, como sus vecinos, y quizá en gran parte legitimamente, que también a ellos les había llegado el turno de sentirse en estado de mayoría de edad.

Y ambos pueblos se hallaban en el Centro, mejor dicho, en el Eje —palabra que nos trae recientes y significativas reminiscencias— de la Europa de la época que ha sido calificada como la del «desenvolvimiento de las naciona-

lidades». Y ambos pueblos se agitaban y bullían, en ansias de unidad. Unidad que, empezada en el terreno del sentimiento y de las letras, había ya tenido expresiones concretas en el de lo económico, para coronarlas, al fin, en el de lo político.

Klopstock, Wieland y Lessing primero, Goethe y Schiller después, habían sido sus primeros adelantados en Germania. Paralela y contemporáneamente a ellos, en el sur, en la Península, otros habían desarrollado idéntico papel: los Hugo Fóscolo, los Alfieri, los Leopardi y los Manzoni. Un siete de septiembre de 1788 se trataron, por vez primera, en Weimar, Goethe y Schiller, significativamente bajo un común denominador: como admiradores de la tradición del meridión itálico de donde acababa de regresar el primero. Y en verano de 1794 consagró la definitiva amistad de los dos más típicos representantes del renacer alemán. Entre tanto, en Königsberg, después de «treinta años de reflexión solitaria», racialmente teutónica, un filósofo, que estaba destinado a ser tronco de una cadena terrible, sentaba las primeras bases de la misma. Pensamiento y acción, poesía y arte, no muchos años más tarde, pasada la convulsión napoleónica —fruto quizá, en gran parte, de la misma—, habían de convergir y plasmarse en Confederaciones y en sistemas que fatalmente habían de acabar gravitando como satélites, alrededor del astro, el más fuerte y el más brutal de todos ellos: Prusia. Y en económicos Zollverein que eran ya, en su época, verdaderos conatos y auténticos ensayos de la Unidad que avecinaba.

En forma más agitada, como corresponde a su temperamento, así como a la cuantía de intereses y de potencias que sobre la misma se debatían, la unidad italiana iba, asimismo, incubando. Allí también la Secta —que no reposaba tampoco en Alemania— tenía, y mejor que en parte alguna, terreno abonado, sin más que desvirtuar y prostituir el porcentaje de legitimidad que el anhelo de los pueblos atesoraba. Allí la Secta cuidaba de alimentarlo, de darle pábulo, con el odio al Papado y al austriaco, dolosamente mancomunados en un mismo denominador de calumnia, a menudo, incluso, trompetera.

Dos pueblos. Y dos pueblos —éste es el objeto del presente número de CRISTIANDAD— que iban a consumir su unidad por medio de dos hombres trascendentales.

* * *

Dos hombres, dos políticos. Probablemente los dos políticos más consumados y más hábiles de su siglo.

Dos políticos cuyo impresionante paralelismo corresponde también al de dos reyes. Y a dos guerras. A dos

crímenes. A dos liberalismos. Y a dos catástrofes, en fin.

CRISTIANDAD, que viene dedicando números enteros a la gestación del complejo político y social del siglo XIX, por entenderlo premisa indispensable para entender bien la esencia y el nervio de las enormes tragedias que han asolado el siglo XX en que vivimos, no puede menos que recoger este paralelismo, dedicándole la totalidad del número actual.

Cavour y Bismarck fueron los dos hombres cuya política realizó, respectivamente, la unidad de Italia y la unidad de Alemania. Y a ellos correspondieron dos reyes, cuyo papel fué asimismo paralelo. Víctor Manuel y Guillermo, protectores ambos de sus astutos Ministros. Y dos guerras, o, si se quiere, dos grupos de guerras. Inglorias siempre las italianas —derrotas de Custoza y de Novara—, auténticas «blitz-krieg» las germánicas. Pero victoriosas en definitiva unas y otras. Las primeras mediante la doblez y la perfidia; las segundas gracias a la brutalidad del «junker» pomerano y del uhtano feroz.

Y dos crímenes. Ambos, elemento precito de unión, diabólico conglomerante de designios, contra nuestra Santa Madre la Iglesia, rubricando la fatalidad de que pueblos tan conspicuos como estos del centro y del eje europeo hubiesen de seguir, determinadamente, un sentido típicamente gibelino. El crimen de la brecha de la Puerta Pia, coronación de las sucesivas y sacrílegas expoliaciones al Papado, hasta reducir al Vicario del Cristo a su cárcel del

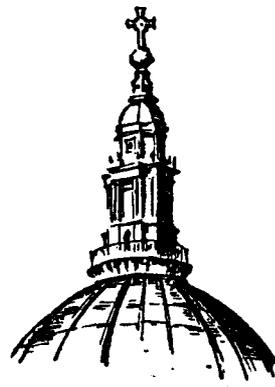
Vaticano. El crimen del «Kulturkampf» en el Reichstag y en las Dietas, y luego en las cárceles, a la vera del Spree, del Oder o del Wesser, preludio de los campos de concentración o de las cámaras de gas de nuestra triste época. Dos crímenes que se corresponden, naturalmente, a los dos liberalismos que los inspiran.

Y dos catástrofes, en fin. Las que tuvieron su preludio en 1918, y su coronación en 1945, cuando aquellos que también habían coronado la obra de Cavour-Bismarck, o sea Mussolini y Hitler, protagonizaron las tremendas tragedias de la Plaza del Duomo o de la Cancillería berlinesa...

El destino de pueblos tan conspicuos, tan cargados de esencias de la entraña misma de la cristiana civilización, es tema apasionante cuya relación con la teología de la Historia es obvio ponderar. Modesta y humildemente, nuestra Revista, siguiendo en este número la marcha cronológica establecida en los anteriores, plantea el problema que estos dos hombres, al ser los actores de un gran drama del que no habían sido ciertamente los creadores, sino los coronadores, legaron a la Europa bajo un doble factor de desequilibrio: el de su profunda descristianización en lo espiritual, y el que determinó, en lo físico, queremos decir, en lo geopolítico, la desaparición del viejo sistema de Viena, con el surgimiento, en pleno centro europeo, de un gran Imperio y de una gran Nación que, forzosamente, habían de resquebrajar al Continente por su mismo eje.



Dos Imperios



I

Imperio de la duda: entre tus brazos medio asfixiado se retuerce el mundo que está, bajo tu solio, hecho pedazos; porque tú eres estéril, infecundo, hipócrita, versátil, ambicioso, cobarde, criminal, falso, inhumano, descocado, suicida, mentiroso, egoísta, ladrón, necio y liviano.
Imperio de la duda: ¿no has cumplido ya la misión que Satanás te ha dado?
¡Debajo de tu solio maldecido, lo que no se ha podrido, se ha secado!
Imperio de la duda: deja el mundo y vete a tu mansión de los infiernos...
¡Eres de la soberbia aborto inmundado incubado al calor de odios eternos!
Imperio de la duda: tú envileces, tú derrumbas, tú odias, tú maltratas, tú sabes blasfemar, tú empequeñeces, robas, engañas, envenenas, matas...
Imperio de la duda: eterno infierno del mundo harás, si de él te enseñoreas. Tú le robas al alma el bien eterno...
¡Hijo de Satanás: maldito seas!

II

Imperio de la fe: ¿dónde te fuiste? Cuando a tu luz se gobernaba el mundo, tú lo hiciste feliz, grande lo hiciste: porque eres creador, eres fecundo, generoso, abnegado, heroico, fuerte, y el mundo entero, como Dios lo pida, va contigo sereno hacia la muerte porque sabe que así va hacia la Vida.
Imperio de la fe: vuelve a buscarnos a este desierto en que de sed morimos, y préstanos tu luz para alumbrarnos en esta noche negra en que vivimos.
Imperio de la fe: vuelve a traernos los benditos rocíos celestiales que mitigan la sed de los eternos, hoy ocultos divinos ideales.
Imperio de la fe: tú dignificas, tú ennobleces, redimes, amas, creas, consuelas, fortaleces, purificas...
¡Imperio de la fe: bendito seas!

José María Gabriel y Galán



Guillermo I

Dos hombres: Dos reyes



Victor Manuel II

Dos Revoluciones, en el fondo idénticas aunque pudieran presentarse dispares en el aspecto exterior, recorren el camino de la Historia en una misma época, con un mismo ideal unitario, en un siglo en que Europa entera es Revolución.

Una levanta por bandera el «Risorgimento», la otra el «Kulturkampf». La basamenta de ambas es liberal. Una misma lucha frente a la Iglesia Católica y el Papado las une. La primera estará acorde con el carácter latino y mediterráneo, que formará su idiosincrasia. La segunda se adaptará al carácter germánico y prusiano. Pero las dos son Revoluciones y Liberales.

Sus prohombres son fieles a la idea monárquica. Y a sus Reyes. Nadie pondrá en tela de juicio su monarquismo y su lealtad. Pero la propia Revolución, que todo lo avasalla, se encargará de destruir ese principio latente de Autoridad, que todavía resabía a Tradición, para sumirlas en una oligarquía republicana, cada vez más tiránica y despótica, más fácil de manejar desde los secretos contubernios de las sociedades y las sectas y más acorde con sus propósitos destructores de la civilización cristiana. En el transcurso de los años, Alemania termina en República e Italia, repitiendo el hecho, se alza contra la dinastía real que acaudilló su Revolución y se convierte también en República (reciente está aún el destronamiento de los Saboya). Como en Francia. Como en España. Como en todos los países del continente europeo donde los Reyes ampararon o acaudillaron la Revolución y el Liberalismo.

Bismarck y Guillermo I

Unas frases del propio Bismarck, en el capítulo XII de sus «Pensamientos y recuerdos», nos darán luz suficiente para comprender la estrecha unión e identificación del Príncipe con el Rey, pese a las repetidas divergencias de pareceres que surgieron entre ellos.

Eran los comienzos del Gobierno Bismarck. El Rey había tomado unos días de descanso en Baden-Baden. Allí le llovieron las quejas y protestas contra la actuación de Bismarck. A su regreso a Berlín, éste sale a su encuentro en Interbogk. Y entre ellos se entabla la siguiente conversación:

Guillermo I: — «Preveo perfectamente cómo acabará todo esto: el mejor día le cortan a usted la cabeza en la plaza de la Opera, debajo de las ventanas de mi palacio, y poco después me la cortan a mí.»

¿Había censura en sus palabras? ¿O bien había el acento firme de que a pesar del peligro del corte de cabezas el Rey estaba dispuesto a continuar manteniendo la actuación de Bismarck?

El Canciller de hierro, sereno, inmutable, seguro de sí mismo, le contesta:

— «¿Y después, señor?»

— «Sí, después... ¡Después estaremos muertos!»

Bismarck continúa diciendo en sus «Pensamientos y recuerdos»:

«—Si—añadí—, estaremos muertos; pero más tarde o más temprano hemos de morir, y ¿qué muerte podríamos encontrar más digna? Yo muriendo en la lucha por la causa de mi Rey y Vuestra Majestad sellando con su propia sangre los derechos reales que de la bondad de Dios ha recibido.»

»A medida que yo me expresaba en este sentido, el Rey se animaba y se identificaba con el papel de oficial que lucha por su Rey y por su Patria... En él se hallaba extraordinariamente desarrollado el tipo ideal del oficial prusiano que por disciplina marcha impasible y valiente a una muerte segura, diciendo sólo: «¡A la orden!», pero que, cuando ha de obrar bajo su propia responsabilidad, teme, más que a la muerte, la crítica de sus jefes o del público, hasta el punto de que el miedo a una censura o a una reprimenda perjudica a la energía y rectitud de su resolución.

»Hasta entonces sólo se había preguntado durante el viaje si al emprender conmigo la senda que yo le indicaba podría resistir a la crítica superior de su esposa y de la opinión pública prusiana. Enfrente de esto, nuestra conversación en el obscuro cupé influyó en su ánimo haciéndole comprender, desde el punto de vista del oficial, el papel que las circunstancias le obligaban a desempeñar... Gracias a esto, encontré colocado en un terreno familiar al curso de todos sus pensamientos, y en pocos minutos recobró el aplomo y hasta el buen humor que en Baden le hicieron perder. Dar la vida por el Rey y por la Patria era deber de todo oficial prusiano; más debía serlo, por consiguiente, para el Rey en su calidad de primer oficial de la nación... Hizose superior al miedo a la crítica que su maniobra política pudiera merecer de la opinión pública, de su esposa y de la historia... La prueba de que estas suposiciones mías eran exactas estuvo en el hecho de que el Rey, a quien había encontrado en Interbogk triste, abatido y descorazonado, estaba, antes de llegar a Berlín, de un humor placentero, alegre y batallador.»

Estas palabras podía haberlas repetido Bismarck continuamente en el transcurso de los años de su ministerio. A cada nueva situación crítica que surge, parece que vuelve a repetirse la escena. Y siempre termina igual.

Cuando Bismarck comienza su actuación como Primer Ministro, sus medidas levantan un revuelo nacional. La opinión pública, la prensa, la nobleza, todo el país parece estar contra él. El Rey vacila. La Cámara eleva a Guillermo un mensaje, acordado por 239 votos contra 61, en el que le dice: «La Cámara de los Diputados no tiene medios de llegar a la armonía con el ministerio... En el interior

y en el exterior, en la forma y en el fondo, subsiste entre los consejeros de la corona y el país una sima, la cual estamos convencidos que sólo podrá ser cegada por un cambio de personas o, mejor todavía, por un cambio de sistemas». La conversación entre Bismarck y el Rey que hemos reproducido tiene lugar en este momento. Y todo termina disolviendo el Rey la Cámara de los Diputados, suspendiendo Bismarck el derecho de reunión, restringiendo la libertad de prensa y gobernando sin presupuestos. Bismarck estaba convencido de que sus medidas, a la larga, encontrarían el apoyo del país vistos los resultados que obtendría y los grandes hechos en el exterior que esperaba hacer. Y así sería: no estaba lejos la hora en que Berlín le aclamaría entusiásticamente y las nuevas Cámaras le serían favorables.

Situaciones críticas como ésta surgirán a menudo. Guillermo I manifestará su disconformidad con su Ministro, pero terminará apoyándole con todas sus fuerzas.

Bismarck, a pesar de su triunfo militar y diplomático en la guerra de Dinamarca y en el tratado de Gastein, no logra acallar las voces interiores de oposición. A espaldas de la Cámara, que continuaba cerrada, refuerza los armamentos para emprender la guerra contra Austria. Guillermo se muestra contrario, pero al fin se lanza a ella con tal brío que trabajos le cuesta al propio Bismarck detenerle en la empresa cuando juzgaba que Austria estaba suficientemente castigada y el Rey quería proseguir la guerra hasta el aniquilamiento total del Imperio austriaco. Pero el Primer Ministro vuelve a hacer suya la voluntad de Guillermo I: para algo Bismarck había abandonado la Cancillería para seguir al Rey en su Cuartel General. Sabía la oposición con que contaban sus actos y medidas y no quería que la voluntad del Rey la guiaran otras personas.

Esta permanencia continua al lado de Guillermo I no ha de cambiar tampoco cuando el Rey, invitado por Napoleón III, se traslada a París para asistir a fiestas puramente cortesanas.

Se produce la guerra francoprusiana. Pero esta vez no es Prusia sola la que pelea. A su lado están toda la Confederación alemana, Austria e Italia. Inglaterra y Rusia se declaran neutrales y Francia permanece sola. Desde que el Rey toma el mando militar, Bismarck le acompaña a todos los campos de batalla y desde ellos dirige la política exterior y la interior.

Los «semidioses» (denominación que recibían los jefes del Estado Mayor) se muestran disconformes con Bismarck y le excluyen de sus asuntos. El Rey justifica esta actitud con las palabras que dirigió al Conde de Stolberg, diciendo que cuantas veces se llamó al Primer Ministro a los Consejos de Guerra ocurrió que «en oposición con la mayoría, había dado en la cabeza del clavo, y así no era de extrañar que esto hubiera molestado a los demás generales y quisieran éstos ahora ser solos en deliberar sobre lo que era de su única competencia».

Llega la hora de proclamar el Imperio alemán y Emperador al Rey de Prusia. Por motivos políticos que Bismarck sabía redundarían en beneficio de la unidad alemana, propuso el título de Emperador alemán. Guillermo I estaba empeñado en llamarse Emperador de Alemania, y no se avenía a razones. El Gran Duque de Baden, indeciso ante las dos contrarias influencias, al dar el vótor de la proclamación, esquivando la cuestión, grita: «¡Viva el Emperador Guillermo I!» Bismarck narra las escenas siguientes diciendo: «S. M. se enfadó conmigo por el modo cómo habían pasado las cosas, hasta tal punto que al bajar del estrado de los príncipes fingió no verme, aunque yo estaba solo en el espacio libre que había delante del estrado, y al pasar por delante de mí fué a dar la mano a los generales que había detrás».

Tal actitud del Rey, ahora Emperador, la resuelve Bismarck después del tratado de paz de Francfort, que cambió por entero el humor de Guillermo I. El Emperador

nombra a Bismarck Presidente de la Confederación y Canciller del Imperio, otorgándole el título de Príncipe con carácter hereditario.

Estos momentos de desacuerdo entre el Rey y Bismarck, se subsanan siempre con el triunfo del Príncipe. El Rey terminaba por dar la razón a Bismarck y por apoyar sus medidas y sus actos. Al lado de estas oposiciones y desacuerdos también hay largos momentos de común identificación, que siempre existió en el fondo. Con razón pudo decir el creador del Imperio alemán: «Sólo a la noble e ilustre lealtad del Rey para con su servidor, se debe que no sintiera vacilar la confianza en mí depositada». Aunque los términos no sean exactos, porque si hubo momentos de vacilación, queda con ello bien reflejada la identidad de pensamientos entre Guillermo I y Bismarck.

El Rey de la unidad y de la revolución alemanas había encontrado al hombre que necesitaba. Sólo cuando el Emperador Guillermo murió, la estrella de su Ministro empezó a declinar.

Cavour y Victor Manuel II

El 22 de marzo de 1848, Cavour escribía en su periódico «Il Risorgimento» que había llegado «la hora suprema de la Casa de Saboya». Y en esta hora suprema Cavour no ocupará un segundo lugar: él marcará las horas de la Revolución italiana, de la Unidad y de la Casa de Saboya.

Sobre el campo de batalla de Novara, Victor Manuel pasó a ser Rey. Sus primeros pasos políticos van a ser el robustecimiento del régimen constitucional y el pensar, ya desde ahora, en italiano y no en piamontés. Se reafirmó en la senda liberal y su pensamiento no estaba en un reino de la Italia del Norte, que se veía más factible, sino en un Reino de Italia. «La naturaleza —dice un biógrafo suyo— parece haberle formado para aquella misión; soldado animoso y sin graves preocupaciones, no olvida a la Italia por su reino, detesta al Austria, no teme a la democracia y es un verdadero campeón de la libertad.»

Después del desastre de Novara, Cavour escribía una carta en la que decía: «Si yo hubiese tenido el poder habría sin esfuerzo salvado al país, y ahora la bandera de Italia flamearía al viento sobre los Alpes de Estiria». Poco más de un año transcurriría cuando el Conde Camilo Cavour prestó juramento ante el Rey como Ministro de Agricultura y Comercio.

Al serle propuesto al monarca el nuevo Ministro una exclamación se escapa de la real boca: «¿No se podría encontrar un hombre más simpático?». Sin duda recordaba la calificación de «jacobino» con que su padre Carlos Alberto adjetivaba a Cavour y recordaba también la aversión del autor de sus días para con éste.

Pero dos años después, en 1852, el joven Rey cambiaría su opinión y afirmaría que era necesario contar con la amistad de Cavour. Y Cavour sería el Primer Ministro de Victor Manuel II. Y estaría para siempre unido con él en la empresa de la unidad italiana.

Si la afinidad política y la identidad de propósitos no bastaran para unir al Rey y a su Ministro, la semejanza de carácter sobraría para justificarlo.

Despreocupado era el Rey y despreocupado era Cavour. Rudos eran sus modales y la nobleza de sus cunas no pareció suficiente para pulirlos. Uno y otro, educados en su infancia, en francés, hablaban una jergonza del idioma galo, del italiano y del dialecto piamontés que costaba apuros el entenderlos. Pero su pensamiento estaba puesto en Italia, en el liberalismo, en la Revolución, en mostrarse contrarios a la Iglesia Católica.

La primera aversión de Victor Manuel para con su ministro se convierte ya en compenetración profunda, que queda bien grabada en la historia con las siguientes palabras del Rey al Conde Cavour:

«Caeré como un buitres sobre los tudescos y espero

destruirlos todos para honor y gloria de nuestras armas. ¡Adelante, querido Conde, y que Dios os bendiga!»

Y Cavour va adelante. El lema de toda su actuación parece ser el mismo que pusiera como final de su artículo en el que declaraba llegada la hora máxima de la dinastía saboyana: «La osadía es la verdadera previsión, la que debe servir de guía mejor que la reserva».

Cavour, al frente del Gobierno del pequeño Estado piemontés busca primero el reconocimiento internacional del mismo. La guerra de Crimea le da la oportunidad: El Piemonte se codea con las primeras potencias europeas.

Después busca vengar el desastre de Novara, para reabilitar el buen nombre de los Saboya, y la guerra contra Austria le da la ocasión. Pero, una vez terminada, la paz de Villafranca le obliga a presentar la dimisión y se retira de toda actividad política: El Rey estaba resentido con él y las condiciones de la paz no eran precisamente de su agrado. En su momentáneo obscurecimiento, en su soledad, Cavour levanta protestas contra la ingratitud de los Reyes.

Pero Víctor Manuel sabe lo que para él significa su antiguo Ministro. Y Cavour vuelve al Poder: había conseguido para el Piemonte los basamentos para hacerle coronar la empresa de la Unidad y de la Revolución y el Rey quería que se terminase la obra empezada.

Así como desde que comenzó sus tareas de Primer Ministro despachó continuamente emisarios con misiones secretas y confidenciales, ahora vuelve de nuevo a hacerlo. Pero con otro destino: El Piemonte tiene ya relaciones con Inglaterra y con Francia; el Piemonte ha borrado el recuerdo de Novara; el Piemonte se compenetra con el naciente Imperio alemán que va forjando Bismarck. Ahora se trata de dar la batalla definitiva por la Unidad italiana y para destruir la potestad temporal de la Santa Sede.

Víctor Manuel se confía por entero a su ministro y hace lo que él le aconseja, aunque alguna vez exclame: «Esto es otra tontería que me obligan a hacer». El Rey tiene los mismos pensamientos que Cavour y deja que éste obre. Está seguro de su fidelidad a la Casa de Saboya, que el Conde Cavour ama firmemente y está empeñado en hacerla reinar sobre Italia.

Mucho había de haberle dolido al Rey la cesión a Francia de Niza y de Saboya, la tierra solariega de su dinastía. Pero Cavour, que la concertó, sabía que ello redundaría en bien de la Casa saboyana: a cambio del territorio de su viejo ducado, Cavour ofrecía a Víctor Manuel Italia entera.

Cuando su adversario político, el diputado Cabella, le recriminaba por esta cesión, Cavour le contestaba, en palabras amargas pero firmes: «Sin la cesión de Niza la expedición de Sicilia hubiera fracasado, y el general Garibaldi dejaría probablemente languidecer ahora, en el ocio de Caprera, aquella admirable osadía de que fué dotado por la Providencia para bien de Italia». Y Víctor Manuel lo reconocía también así.

Era tal la confianza, constitucional y liberal, que el Rey piemontés tenía depositada en su Primer Ministro que, en los momentos álgidos de la Revolución Unitaria italiana, cuando toda la península ardía en lucha, cuando Cavour se había atrevido a enfrentar el ejército de los Saboya con el del Papa, desafiando con ello a todas las naciones católicas, en tal gravísima situación Víctor Manuel toma unos días de tranquilo descanso y sin ninguna desazón se dedica a la caza.

Muy bien podía confiar el Rey en Cavour. De su lealtad habla el hecho de que cuando Garibaldi corría con su expedición por las tierras de Italia, logrando triunfos a los que coadyuvaban las rebeliones que desde el Piemonte se fraguaban, Cavour no quiso (a pesar de haber sido él quien facilitó los recursos para la expedición garibaldina) que Víctor Manuel II recibiera la Corona del nuevo Reino de Italia de manos de un aventurero elevado a héroe, según él mismo opinaba. A marchas forzadas adelanta la guerra contra Roma y los Estados pontificios. Y el Ejército regular de la nueva Italia, dirigido por él, vence a las tropas del Papa y entra en Roma, dando cima a la expoliación de la soberanía pontificia. ¡Víctor Manuel es ya Rey de Italia por obra y gracia del Conde Camilo Cavour, su Primer Ministro!

A punto de coronar la obra, Cavour muere repentinamente. Era el 6 de julio de 1861. El Rey penetró en sus habitaciones, por aquellos mismos pasillos y aquellos mismos lugares por los cuales habían pasado continuamente los emisarios de Cavour para recibir órdenes que forjaran el triunfo de la Revolución y de la Unidad. Y pudo oír de labios del que había sido el fiel ejecutor e intérprete de sus ideas: «¡Todo se ha salvado!», últimas palabras que pronunció antes de expirar.

El Rey de la unidad y de la revolución italianas había encontrado al hombre que necesitaba. Y cuando éste moría podía afirmarse que estaba lograda la empresa que se propuso que, cubierta con un ideal patriótico, era, en el fondo, un ataque contra los derechos del Papado y contra la Iglesia católica, ordenado desde la tenebrosidad de las sectas y las sociedades secretas.

* * *

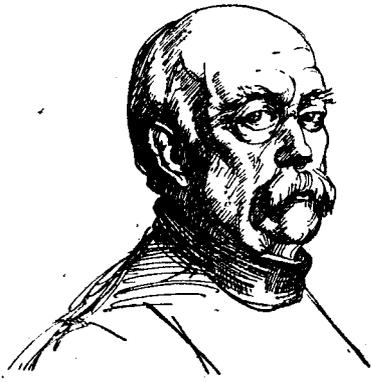
Guillermo I había encontrado a Bismarck. Víctor Manuel II encontró a Cavour. Ambos fueron fieles servidores de sus monarcas. La compenetración entre los soberanos y sus primeros ministros fué entera. Y ella dió cima a las empresas que todos querían y todos se propusieron. Pero acaudillaron a la Revolución. Y la Revolución se alzó contra la Monarquía. ¿Testigo?: la Historia. ¡De nada sirve a los Reyes encontrar Ministros leales y fidelísimos si se abrazan a una Causa que entre sus principios lleva el derrumbamiento de toda Autoridad!

Luis Luna

La unidad italiana y la Iglesia

Con increíble dolor de nuestra alma y profunda tristeza, nos vemos obligados a deplorar y reprochar, Venerables Hermanos, los atentados nunca oídos hasta hoy, cometidos de nuevo por el Gobierno del Piemonte contra Nos, la Santa Sede, y la Iglesia católica. Este gobierno, como sabeis, abusando de la victoria que con la ayuda de una grande y belicosa nación, obtuvo en una guerra muy funesta, extendió por Italia su reino contra todos los derechos divinos y humanos, excitando a los pueblos a la rebelión, arrojando con grandísima injusticia a los Príncipes legítimos de sus propios dominios, invadió y usurpó algunas provincias de Emilia, sometidas a nuestra autoridad Pontificada, cometiendo un injustísimo y de todo punto sacrílego atentado.

(Pío IX - Alocución «Novos et ante», 1860).



Bismarck

Dos hombres: Dos guerras



Cavour

Bismarck y Cavour se hallaron al frente de dos países los cuales habían servido de campo de batalla a todas las naciones europeas, divididos, atomizados, pero con un fuerte sentimiento de su unidad nacional que aumentado, natural o artificialmente, durante la primera mitad del siglo XIX permitió a estos dos geniales, pero poco escrupulosos, estadistas, unificarlos y realizar sus ideas de grandeza.

Un poco esquemáticamente podemos distinguir, en cada una de estas guerras de unificación, tres actos.

ALEMANIA

Preliminares

Cuando en tiempo de Napoleón I, y a consecuencia de la formación de la Confederación del Rin, el Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Francisco II, renunció a la corona imperial y se convirtió en Emperador de Austria (1806), quedó el antiguo imperio sin cabeza, perdido el débil vínculo que lo unía, formado por un mosaico de Estados, en general minúsculos, pero independientes. Entre éstos sobresalían dos: Austria y Prusia, cada uno de los cuales, como centro de un sistema planetario, arrastraba alrededor de su órbita a algunos de estos microestados.

Austria tenía el prestigio de su antigua tradición por haber sido cabeza del imperio, de su gloriosa historia y el valladar cristiano contra el cual se estrellaron los musulmanes que amenazaban destruir la cristiandad.

Prusia, que había alcanzado gran renombre en tiempos del *corrompido* pero habilísimo Federico II, había perdido algo de su fama después de las derrotas sufridas en Jena y Auerstaedt. Algo se rehizo su prestigio durante la guerra de independencia contra el mismo Napoleón pocos años más tarde, pero entre sus dos poderosos aliados, los emperadores de Rusia y Austria, el Rey de Prusia ocupaba un papel de segunda figura. No obstante, era, sin disputa, el segundo entre los pueblos de lengua alemana y su disciplina y férrea organización militar lo hacían temible.

Un antiguo imperio, sin cabeza, con dos Estados aspirantes, cada uno de ellos a serlo: Austria, católica y Prusia, luterana.

La guerra de Dinamarca

Fué el primer acto de la guerra prusiana. Aliada con Austria, arrebató a Dinamarca los ducados de Schleswig, Holstein y Lauenburg. Ocurrió esto en 1864. Problema muy parecido al de los sudetes de Checoslovaquia de nues-

tros días y que todos recordamos. Austria y Prusia, unidas, batieron rápidamente a Dinamarca. La guerra fué inmensamente popular en toda Alemania: «rescatar a los hermanos que gemían bajo el yugo extranjero». La frase dista mucho de ser una originalidad del siglo XX.

La Paz de Viena, en octubre de 1864, termina con la cuestión danesa, pero pone el germen del conflicto futuro, pues los ducados van a ser la manzana de la discordia entre los antiguos aliados.

Austria quería formar un Estado independiente con los ducados, gobernada por el príncipe Federico de Augustenburg, pero Prusia, a quien no interesaba esta solución, exigió el control de su ejército y comunicaciones. Después de laboriosas negociaciones se resolvió quedando el Holstein bajo la soberanía austriaca y Schleswig y Lauenburg bajo la de Prusia.

La guerra alemana

En realidad, se ventilaba algo mucho más importante que el dominio de unos pequeños ducados. Se trataba sencillamente de saber si sería Austria o Prusia quien ejerciera el primer papel entre los Estados alemanes.

Prusia había probado sus fuerzas en la guerra de Dinamarca y encontró que la habilidad diplomática de Bismarck y los años de labor silenciosa y tenaz de Moltke y Roon habían convertido al ejército prusiano en un eficaz instrumento de guerra que colocaba a este país al nivel de las primeras potencias. Sus apetitos podían manifestarse y satisfacerse.

Bismarck y toda Alemania preveían la guerra entre Austria y Prusia, pero el Canciller de Hierro fué el más activo y el más hábil, asegurándose la neutralidad de Francia mediante una visita que hizo a Napoleón III, en Bayona, y la alianza de Italia.

La guerra estalla el 18 de junio de 1866: Prusia e Italia contra Austria.

Los italianos se batían con su acostumbrada eficiencia. Los 230.000 hombres de La Marmora que se enfrentan con los 82.000 del Archiduque Alberto (hijo del Archiduque Carlos, el que venciera a Napoleón I en Aspern) sufren la tremenda derrota de Custozza el 24 de junio, mientras el almirante Tegethoff destroza completamente la flota piemontesa en Lissa.

Pero las cosas no marchaban igual en el Norte. Los ejércitos prusianos, bien dirigidos por Moltke, después de una marcha metódica, rápida y muy bien estudiada, vencen a los austriacos en Sadowa o Koeniggratz, y les fuerzan a pedir la paz.

De este modo, Venecia, que pertenecía a Austria, es incorporada al nuevo reino de Italia por intermedio de Napoleón III, que se hace entregar Saboya y Niza como gastos de comisión.

En Sadowa aparece por primera vez el nombre del joven teniente de la guardia prusiana von Hindenburg.

La guerra francoprusiana

Bismarck, con certera visión, se opone a engrandecimientos territoriales a expensas de Austria, y labora para que la antigua enemistad se convierta en una alianza ofensiva y defensiva, lo que consigue sin grandes dificultades.

Con todo, ha obtenido lo que deseaba. Prusia será la primera potencia entre los pueblos germánicos.

Y entonces aparece un nuevo peligro. Francia ha sacudido su sopor y se ha dado cuenta de la aparición de un nuevo Estado militar más temible, más belicoso y más intransigente que Austria, su enemiga tradicional, y que si sigue por este camino va a poner bien pronto en peligro su hegemonía en Europa. A toda costa hay que cortar los vuelos.

La causa próxima de la guerra fué la candidatura de Leopoldo de Hohenzollern al trono de España, que propuso el General Prim, después del destronamiento de Isabel II. No es del caso seguir los incidentes de tan complicadas negociaciones hasta el telegrama de Ems, tan famoso, obra maestra del maquiavélico genio de Bismarck, en donde relatando un hecho banal, y siendo en realidad verdadero en todas sus partes, presentaba las cosas de una manera tan ofensiva para la vanidad francesa que enfurecieron al pueblo de París y arrastraron al débil Gobierno francés a la guerra.

El 19 de julio de 1870 se recibía en Berlín la declaración de guerra. El 1 de septiembre los franceses eran derrotados en Sedán, el 2 se rendía Napoleón III y el 4 se proclamaba la III República, la que había de acabar a manos del III Reich en 1940.

Siguió la guerra hasta la rendición de París.

Epílogo

El 18 de enero de 1871, en la galería de los espejos del palacio de Versalles, el Rey de Prusia se proclamaba Emperador de Alemania. Los Reyes de Baviera, Sajonia, Hannover, etc., serán tan sólo semi-independientes. Mando centralizado en el Ejército y en la Marina, unidad de comunicaciones, de bandera, etc.

La antigua Prusia se ha convertido en el Imperio alemán, el I Reich, formidable creación de Otto von Bismarck y que, probablemente, fué la primera potencia de Europa de su época.

ITALIA

Antecedentes

Repetidamente se ha hablado en CRISTIANDAD de ellos: la agitación nacionalista de los carbonarios (números 45 y 53), la República romana (número 54). No hay, pues, que insistir más.

La guerra de Crimea

La persecución de su sueño secular, de plantar la cruz griega en las cúpulas de Santa Sofía, llevó a Rusia a estar en guerra contra Turquía, apoyada por Inglaterra y Francia (1856-57). Es la guerra de Crimea, cuyo episodio culminante es el sitio de Sebastopol.

Cavour comprende la oportunidad y manda un cuerpo expedicionario a Sebastopol para luchar al lado de ingleses y franceses. Personalmente no le interesa ni Rusia, ni Turquía, ni Santa Sofía, ni la cruz griega, ni la cruz latina. Pero sí le interesa la Unidad italiana bajo la dinastía

piamontesa y ésta no puede realizarla sin la aprobación y el apoyo de Inglaterra y Francia. Va, pues, a Sebastopol para que al finalizar la guerra ambas potencias sean sus deudoras y Piamonte tenga una factura que cobrar.

Fatigas, barro, sangre, hambre, algunas páginas brillantes y otras bastante sucias constituyen el sitio de Sebastopol. Al fin capitula la plaza, se firma la paz y La Marmorata, al frente de su cuerpo expedicionario, vuelve a Turin. Piamonte, por iniciativa de Cavour, ha sido oportuno y ha realizado una buena inversión.

La guerra de Austria y Francia

Pero Napoleón III no tenía prisa y oponía dificultades para no descontentar a sus súbditos católicos, aun cuando la protestante Inglaterra acuciaba a Cavour para que actuase contra los Estados pontificios y Nápoles.

El atentado de Orsini espantó a Napoleón y le movió a hacer algo. El Emperador de los franceses y el Conde Benso de Cavour se entrevistan en Plombières el 20 y 21 de julio de 1858. En el número 74 de CRISTIANDAD se cita y publica una carta de Cavour a Víctor Manuel II dando cuenta de la entrevista. (1)

Napoleón III se decide a actuar. Austria no quiere ceder sus posesiones en Italia, por lo que será preciso acudir a la fuerza. En la recepción diplomática de primero de enero de 1859, Napoleón, al hallarse delante del Embajador de Austria, le dice bruscamente lamentar que las relaciones entre ambos países no fueran lo cordiales que habían sido. En Viena, y en toda Europa, se comprendió que esto significaba la guerra, la cual se inició poco después. Los francopiamonteses vencieron a los austriacos en Magenta y Solferino, pero con pérdidas gravísimas, por lo cual Napoleón aceptó con gran prisa las ofertas de paz de los austriacos, siendo mucho más moderado en sus exigencias de lo que había prometido a Cavour antes de empezar la guerra, con gran desesperación del estadista italiano.

Después de esta guerra, que termina con la Paz de Zurich, Piamonte se incorpora la Lombardia.

Guerra de Italia

Estamos en 1860. Valiéndose de fútiles pretextos, como el de que el Papa alistaba extranjeros a su servicio, Piamonte le declara la guerra.

La Moricière es vencido en Castelfidardo por el general Cialdini, y el Papa pierde la mayor parte de sus Estados, conservando Roma y algunas posesiones a su alrededor gracias a la guarnición francesa que mandó Napoleón al ver que Cavour se excede en lo que había pedido y amenaza dejar al Papa sin un palmo de terreno.

La guerra se extiende a Nápoles, adonde la lleva Garibaldi, entre la indiferencia de las potencias y el apoyo decidido de Inglaterra. Cae la vieja y carcomida dinastía borbónica y los dominios de su corona son agregados al Piamonte.

Víctor Manuel III toma el título de «Rey de Italia por la gracia de Dios y la voluntad del pueblo».

Se sitúa la capital en Florencia, pero en todos los tonos se dice que esto es tan sólo hasta que pueda ser trasladada a Roma.

Roma

En 1861 muere Cavour, sin ver terminada su obra, pero los jalones de la misma han sido plantados, dado el impulso y ahora no falta más que seguir la marcha iniciada.

En 1866, después de Sadowa, Piamonte se incorpora Venecia.

En 1870 se reúne en Roma el Concilio Vaticano que define el dogma de la infalibilidad del Papa. Al día siguiente comienza la guerra francoprusiana y en vista de ello se suspende provisionalmente el Concilio.

(1) Vid. páginas centrales de este mismo número.

(Continúa en la página 281)



Windthorst

Dos hombres, dos crímenes



Pío IX

I. - Palmerston, artífice de la «pax britannica»

La revolución de 1848 y su relativo fracaso

Con la entrada de las tropas francesas en Roma, el 3 de julio de 1849, no obstante las protestas del cónsul inglés Treeborn y las invocaciones de Mazzini al convenio firmado por Fernando de Lesseps —gloria de la masonería— y los miembros del triunvirato revolucionario, se cerraba parcialmente la etapa que la subversión sectaria había iniciado en el precedente año. El hecho significó para Oudinot la imposibilidad de obtener el bastón de mariscal, y para los masones y carbonarios de Europa, el final de un excesivo optimismo en orden a la rápida consecución de sus objetivos inmediatos, pues las fuerzas de resistencia antirrevolucionaria demostraron conservar todavía cierto prestigio y fortaleza.

Por esa razón, los altos conventículos de las sociedades secretas, y al frente de ellas la masonería —de la cual era prohombre destacado el ministro inglés vizconde de Palmerston—, consideraron conveniente estructurar un nuevo plan de mayor alcance, para realizar paulatina pero metódicamente sus propósitos, que como siempre tenían por meta final, la lucha a fondo contra el Papado.

Napoleón, el distinguido miembro del carbonarismo militante, ensayaba conseguir los fines de la secta a través de la vía diplomática cuando vio fracasar el camino de la violencia. Su carta a Edgard Ney, señalando las condiciones precisas a que había de atenerse el Papa para recuperar sus Estados —«amnistía general, secularización de la administración, código Napoleón y gobierno liberal»—, no era más que un nuevo intento realizado por mandato de las sociedades secretas para salvar los principios revolucionarios.

Previendo el fracaso de tales argucias, el gran oriente Palmerston fijó un nuevo programa que tuvo la osadía de darlo a conocer públicamente desde las páginas del periódico de la secta, el *Globo*, el 12 de mayo de aquel mismo año. A través de ese programa, los acontecimientos que posteriormente se desarrollaron en el ámbito europeo, cobran un relieve extraordinario y adquieren unos definidos contornos, que permiten valorarlos con mayor exactitud y precisión.

Hacia una nueva estructuración de Europa

«Hay que temer que los sucesos del pasado año (1848) —explicaba el *Globo*—, no signifiquen más que la primera escena de un drama fecundo en resultados más ex-

tensos y menos pacíficos. El andamiaje levantado por el Congreso de Viena era tan arbitrario y artificial, que todos los hombres de Estado de opiniones liberales previeron que no podía soportar el primer choque que hubiera en Europa.»

Y sentenciaba: «Todo el sistema establecido por el Congreso, está en plena disolución, y lord Palmerston ha obrado sagazmente al negarse a prestar su ayuda para hacer frente a las olas invasoras.»

Referíase a continuación a las modalidades que presidían la nueva actuación política del vizconde, con las siguientes palabras: «*El plan que él ha trazado, representa una nueva configuración de Europa: la formación de un reino alemán vigoroso, que pudiera ser un muro de separación entre Francia y Rusia; la creación de un reino polacomagiar, destinado a completar la obra contra el gigante del Norte; en fin, un reino de la Italia superior dependiente de la casa de Saboya. Muy a menudo se ha acusado a Palmerston de despreciar la alianza con Austria; pero los que así le acusan han de rendirle todavía justicia. La alianza de Inglaterra con Austria no ha descansado jamás sobre una comunidad de principios; existía solamente en cuanto Austria era la representación principal y aun la encarnación misma de la nación alemana.*»

»Después de la paz de Westfalia hasta la de Aquisgrán (años 1648-1748), Austria fué el centro de la unidad alemana. Pero cuando la espada de Federico alejó los límites de su reino, que no hace mucho tiempo eran los del electorado de Brandeburgo; cuando los *verdaderos alemanes* reconocieron en este guerrero el representante real de su fuerza y de su nacionalidad, *Prusia vino a ser en el continente la aliada natural de Inglaterra*. El amor propio y la timidez de Jorge III fueron el obstáculo para que la alianza de Prusia con Inglaterra se convirtiera en nuestro escudo durante la guerra americana.»

Terminaba con la siguiente conclusión, índice de la política británica en la instauración de su pretendida «pax»: «Lo que el Austria fué en los comienzos del pasado siglo, lo que Prusia fué más tarde, Alemania puede serlo igualmente, tanto si tiene su capital en Berlín como si la tiene en Francfort. Si lord Palmerston logra consolidar esta alianza natural y sabe reforzarla con una «entente» cordial con Francia, habrá probado hasta qué punto es, en realidad, *el diplomático más hábil que ha visto nacer esta época.*»

Para llevar a feliz término sus propósitos, por lo menos en parte, no faltarían al vizconde colaboradores sumisos

en todos los países de la vieja Europa. La internacional masónica iba a ponerse una vez más en movimiento gracias a complicidades vergonzosas y a la personal actuación de ciertos elementos apátridas, duchos en el arte sutil de provocar en las masas populares inorgánicas, determi-

nados movimientos al servicio de sus peculiares doctrinarios. También los grandes cerebros políticos del tipo de un Cavour o de un Bismarck, dentro de sus especiales dotes y de su personal representación, iban a ser meros instrumentos en manos de más diestros artesanos.

II. - Cavour y Bismarck al servicio del sectarismo

Víctor Manuel II, rey de Italia

En la segunda mitad del pasado siglo, dos hombres adquieren triste celebridad por la lucha implacable llevada a cabo, dentro de sus respectivos países, contra la Iglesia. Puede afirmarse sin exageración, que el poder político que encarnaron fué esencialmente empleado para combatir de un modo incansable a la Religión, y a la persona sagrada del Romano Pontífice. Otros aspectos de su actividad, estudiados en este mismo número, revisten evidentemente singular interés, pero creemos que los mismos son difícilmente comprensibles si se olvida aquella comunidad de principios, no tan casual como pudiera parecer, que cobra su auténtica virtualidad al contemplarla en un plano de visión superior, ya que la misma nace y se desenvuelve en el seno de la confabulación sectaria internacional.

Con diez años de diferencia, Cavour y Bismarck se encargan de la dirección de los negocios públicos en el Piemonte y en Prusia. La ascensión de Cavour coincide con la proclamación del Imperio francés de Napoleón III, destacadísimo personaje en el tablero político europeo de su tiempo, y cínico encubridor de la ofensiva contra los Estados pontificios, a cuya destrucción colaboró astuta y eficazmente.

Cavour supo, sin duda alguna, sacar el máximo provecho de la situación, demostrando ser hombre tenaz y falto de escrúpulos en el empleo de los medios precisos para el logro de sus fines. Hasta el año 1861, en que Víctor Manuel II es proclamado en el palacio de Cariñán, rey de Italia «por la gracia de Dios y la voluntad de la nación», pasan nueve años de actividad febril en los cuales llega a forzar los acontecimientos para obtener el apoyo, y cuando no, el silencio de las grandes potencias. En 1854 envía al general La Marmora al frente de un reducido ejército a la guerra de Crimea, con lo que conseguirá, dos años más tarde, hacerse oír en el Congreso de París, donde nació la Europa liberal. En 1858, Félix Orsini —el que en su carta a Cavour de 31 de marzo del año anterior había proclamado en odio al Austria: «alianza, aunque sea con el diablo»— se encarga de recordar a Napoleón sus compromisos con la secta, empleando el lenguaje persuasivo de la metralla. Ambos sucesos sirven admirablemente a sus planes.

Del Congreso de París surge potente una mayor complicidad de la Gran Bretaña. «Clarendon —representante inglés en el Congreso— ha estado más enérgico que nunca, tanto frente al Papa como frente al Rey de Nápoles», explicaba Cavour a Ratazzi. Efectivamente, dos meses después de clausurarse el Congreso, el vizconde Palmerston, impulsa frenéticamente al político piomontés a realizar sus proyectos; para ello no vacila en mentir con descaro y con la mayor hipocresía: «El gobierno pontificio es malo y tiránico. Aun cuando se cometieron algunas atrocidades, que el gobierno provisional se esforzó a evitar, la ciudad santa no ha estado mejor gobernada que durante la ausencia del Papa, el cual no puede ahora mantenerse en Europa sin el auxilio de una fuerza extranjera». ¿Puede extrañar que el cónsul inglés en Turín, Hudson, fuera uno de los más destacados colaboradores de Cavour?

Del atentado de Orsini, nace la entrevista o conjura de Plombières —Plombières les Bains, en los Vosgos—; allí

toma cuerpo el proyecto de Palmerston ya mencionado. El «reino de la Italia superior dependiente de la casa de Saboya», será el «Reino de la Alta Italia sobre el cual reinaría la Casa de Saboya», según explica Cavour en la carta a Víctor Manuel, y cuyo texto puede consultar el lector en el número 74 de esta Revista; así se conseguirá el dominio de toda Italia, porque «siendo V. M. soberano de derecho —explica Cavour— de la mitad más rica y más fuerte de Italia sería soberano de hecho de toda la Península».

Como fácilmente puede apreciarse, la sagacidad de Cavour es más aparente que real. Su verdadero genio reside en la aplicación de la fórmula palmerstoniana o masónica, que le conducirá directamente a la proclamación de 1861; y aun en este aspecto no es tampoco él, quien dirige fundamentalmente la lucha.

El secretario de Cavour

Aparte de otros eficaces inspiradores, aparece al lado de Cavour una extraña figura, casi desconocida y totalmente olvidada. Esa figura la extrajo de la sombra el dirigente judío Max Nordau, en un discurso que pronunció en París un mes después del Congreso sionista de Basilea de 1903; discurso recogido por Litman Rosenthal en el periódico americano *Jewish News*, correspondiente al día 19 de septiembre de 1919. Reproducimos íntegramente, a continuación, el fragmento de dicho discurso que hace referencia a aquellos momentos culminantes de la lucha de las sectas contra la Iglesia y el Papado.

Las palabras de Max Nordau, son las siguientes:

«... Seguramente os será agradable saber que el brazo derecho de Cavour, su amigo, su consejero, era su secretario Hartum, un judío. En los medios desde los que se le hacía oposición, se habló en términos fulminantes de traición judía. Y un día, en una asamblea de patriotas italianos, se reclamó a grandes gritos a Hartum, el secretario de Cavour, y se le pidió que explicara sus actos políticos perjudiciales (que oían a traición). Y he aquí lo que él dijo: «Nuestro sueño, nuestra lucha, nuestro ideal, un ideal por el cual hemos ya sangrado y llorado en el duelo y la desesperación, por el cual nosotros hemos dado la vida de nuestros hijos y la angustia de nuestras madres, nuestro solo deseo, nuestra sola finalidad, es una Italia libre y unida. Todos los medios son sagrados, si conducen a este grande y glorioso objetivo. Cavour sabe muy bien que después de la batalla frente a Sebastopol, será necesario tarde o temprano reunir una conferencia para la paz, y en esta conferencia participarán las potencias que se habrán aliado para la guerra. En verdad, la Cerdeña no tiene ningún interés inmediato en ocupar Sebastopol; pero si entretanto contribuimos a ayudar con nuestra flota, nos sentaremos en la futura Conferencia de la paz, disfrutando de los mismos derechos que las otras potencias, y en esta Conferencia, Cavour, en calidad de representante de Cerdeña, proclamará la libertad, la independencia y la unidad de Italia. Así, el sueño por el cual hemos dado nuestros sufrimientos y nuestra vida, se convertirá en una admirable y venturosa realidad. Mientras tanto si me pedís de nuevo lo que la Cerdeña ha de realizar en Sebastopol, permitidme que os diga las siguientes palabras, que son como los peldaños de una escalera: Cavour, la Cerdeña,

PLURA UT UNUM

el sitio de Sebastopol, la futura Conferencia de la paz, la proclamación de la Italia libre y unida».

Todo comentario sería innecesario. Tal vez en la revelación de Nordau habría de buscarse el hilo oculto que une en el tiempo y en el espacio, las conjuraciones contra Cristo y su Iglesia. Cavour representó en ellas un relevante papel, pero no con el carácter de primerísima figura que generalmente se le asigna.

El Kulturkampf

Windthorst, el gran caudillo católico alemán, manifestaba un día su opinión de que la verdadera naturaleza del *Kulturkampf* no podía comprenderse si se olvidaba la existencia de la batalla de Sadowa. Sin entrar en pormenores, que habrían de resultar muy aleccionadores, no puede negarse que en las anteriores palabras de Windthorst se oculta mucha verdad.

El mismo principio sectario, de hondas raíces protestantes, que impulsaba a Palmerston —según hemos visto— a declarar que la aliada natural de Inglaterra en el continente era Prusia o la Alemania que se formara a su alrededor, fué acaso el que presidió el comienzo del proceso lento encaminado a desintegrar el conglomerado católico que el Austria representaba; proceso en el cual Sadowa constituyó un momento significativo, pero cuya consumación definitiva no había de verificarse hasta el presente siglo. Bismarck, al servicio de aquel principio, asestó un terrible golpe al Austria católica, con lo que indirectamente ayudó a consolidar la obra unificadora de Italia, incubada al socaire de las mismas doctrinas.

Vista así la política de Bismarck, no puede extrañar que la victoria de Sadowa desembocara en el *Kulturkampf*. En el ordenamiento legislativo en que se resume su labor persecutoria, late oculta la misma rebeldía de Lutero contra Roma. Pero aquella rebeldía, aquel espíritu profundamente anticristiano del «reformador», respondía en el siglo XIX a postulados tal vez más complejos, a objetivos trascendentalísimos, a una dirección competente y articulada, tanto por el pensamiento rector que la preside, como por la capacidad de los mandos.

¿Qué representa exactamente Bismarck en la conjura?

Goyau, en su obra *Bismarck et l'Eglise*, explica las dudas en que se debatía el obispo Ketteler cuando trataba de aquilatar la personalidad de Bismarck en su papel de perseguidor. Para dicho Prelado, el canciller alemán se movía por impulsos que él no acertaba a definir; algunas veces creía que eran los católicos viejos los que imbuían en el pensamiento del canciller un extraño temor a Roma; otras, consideraba que las necesidades diplomáticas o políticas en relación con Italia, o sus compromisos con los nacionales liberales, eran los motores de la legislación sectaria; otras, en fin, un íntimo deseo de restaurar el absolutismo prusiano explicaría su odio a la religión católica. «De esta forma, Bismarck —concluye Goyau— era oscuro para Ketteler; también lo será algunas veces para nosotros.»

Sin embargo, esta obscuridad es más aparente que real. Nace del mismo hecho que hace ver contradicciones en la explicación pública de los motivos de la lucha antirreligiosa, hecha por los propios perseguidores. Así ocurrió en 1873, al discutirse las llamadas leyes de mayo. Bismarck y sus destacados colaboradores Roon y Falk, expusieron sucesivamente, y en el término de cuarenta y ocho horas, los fundamentos de la nueva legislación. Bismarck inculpó descaradamente al Centro católico, diciendo que su política era producto de una «incesante condescendencia del Estado», a la que había de ponerse término por ser altamente pernicioso para el país; Roon, dirigió sus dardos contra el Concilio vaticano: en sus resoluciones, especialmente en el dogma de la infalibilidad, se ocultaba una amenaza directa contra la estabilidad de Prusia; Falk, por

su parte, opinó que la necesidad de las nuevas leyes fluía de la debilidad constitucional, al dar excesiva libertad a los católicos. Los tres personajes se pronunciaban casi simultáneamente por tres motivos aparentemente diversos. En realidad tratábase de ocultar el objetivo esencial que se escondía en la base de la persecución desencadenada. ¿Cuál era el secreto de Bismarck?

La legislación persecutoria

Para que el lector pueda tener alguna idea de lo que constituyó el *Kulturkampf*, reseñaremos esquemáticamente las disposiciones antirreligiosas que se dictaron en el período comprensivo de 1871 a 1883.

Ley del Imperio de 10 de diciembre de 1871, intercalando un nuevo párrafo en el artículo 130 del Código Penal.

Ley del Imperio de 4 de julio de 1872, suprimiendo la Compañía de Jesús y demás congregaciones análogas.

Ley prusiana de 5 de abril de 1873, modificando los artículos 15 y 18 de la Constitución prusiana de 31 de enero de 1850.

Ley prusiana de 11 de mayo de 1873, sobre la preparación y nombramiento de eclesiásticos.

Ley prusiana de 12 de mayo de 1873, sobre la organización del poder disciplinario eclesiástico.

Ley prusiana de 14 de mayo de 1873, referente a los que abandonan una Iglesia y las formalidades exigidas en tal caso.

Ley del Imperio de 4 de mayo de 1874, para impedir el ejercicio «ilegal» de las funciones eclesiásticas.

Ley prusiana de 20 de mayo de 1874, sobre la administración de los obispos católicos vacantes.

Ley prusiana de 21 de mayo de 1874, completando la de 11 de mayo de 1873.

Ley prusiana de 22 de abril de 1875, suspendiendo los créditos del Estado a favor de los obispos y demás eclesiásticos pertenecientes a la Iglesia Católica Romana.

Ley prusiana de 31 de mayo de 1875, prohibiendo todas las órdenes religiosas.

Ley prusiana de 20 de junio de 1875, sobre administración de los bienes pertenecientes a las parroquias católicas.

Ley prusiana de 18 de junio de 1875, anulando los artículos 15, 16 y 18 de la Constitución de 31 de enero de 1850. (El artículo 16 proclamaba la absoluta libertad de relaciones entre las «sociedades religiosas» y sus jefes.)

Ley prusiana de 4 de julio de 1875, sobre los derechos de las comunidades de católicos viejos a los bienes eclesiásticos.

Ley de 26 de febrero de 1876, completando la de 10 de diciembre de 1871.

Ley prusiana de 7 de junio de 1876, regulando los derechos de vigilancia del Estado en la administración de bienes eclesiásticos.

Leyes de 14 de julio de 1880, 31 de mayo de 1882 y 11 de julio de 1883, con las cuales trató Bismarck de remediar algo la situación insostenible creada por las anteriores, pero que la Iglesia se negó a reconocer.

Por último, tras laboriosas conversaciones diplomáticas, Bismarck hizo aprobar las leyes de 21 de mayo de 1886 y 29 de abril de 1887, ratificando los acuerdos concertados, y poniendo fin a la persecución religiosa. Hay que hacer notar que Gambetta hizo todo lo posible para disuadir a Bismarck de su empeño en liquidar el *Kulturkampf*.

El espíritu de la francmasonería

Para comprender y valorar la política de Bismarck, hay que acudir también a las bajas esferas donde se fraguaba la constitución masónica de Europa.

El judaísmo, especialmente, vió en Bismarck su gene-

roso protector y amigo. «En Alemania, desde 1830 —escribía el 5 de noviembre de 1879 *Le Journal des Débats*—, los judíos tienen un papel de gran importancia; están a la cabeza de la «Joven Alemania». Si la unidad alemana ha sido provocada por la diplomacia prusiana y por el militarismo prusiano, ellos han sido los que han preparado, sostenido y completado esa obra... Aliados desde 1866 al príncipe de Bismarck, saludaron en él a otro Constantino y se mostraron sus más fieles auxiliares.» La fecha a partir de la cual comenzó la alianza del canciller alemán con el judaísmo, es la misma en que tuvo lugar la batalla de Sadowa: el hecho puede tener una grandísima significación.

También el Emperador, formado desde joven en los secretos de las logias, protegió eficazmente la labor sectaria de Bismarck. Todas las fuerzas del mal se habían coagulado para terminar la obra de Lutero: la destrucción del catolicismo en Alemania. El reciente ejemplo del Piemonte, enfrentándose con el Romano Pontífice, apoderándose de sus Estados y reduciéndole a la categoría de cautivo, debió influir poderosamente en el ánimo de los propugnadores del *Kulturkampf*; por lo menos la masonería alemana proclamó repetidas veces su júbilo ante una victoria que ya suponían ganada de antemano.

El periódico masón *Herault-Rhenan*, de 25 de octubre de 1873, escribía: «Creemos poder legítimamente afirmar, que es el espíritu de la francmasonería el que, en el último proceso que se instruyó contra el ultramontanismo, ha pronunciado su sentencia en la carta memorable del Emperador al Papa. Las ideas del emperador Guillermo, que como se sabe es miembro de la francmasonería, no son de ayer, y no le han sido únicamente inspiradas por sus consejeros actuales tal como se ha difundido. Ya, aun en la

flor de su edad, las manifestó en presencia de la orden, en una época en que el mundo tenía de él una idea muy diferente. En aquel tiempo, pronunció palabras de príncipe y de hombre, y se ha conservado fiel».

Y el *Freimaurer Zeitung*, de Leipzig, decía por su parte: «Cuando están en presencia como ahora dos antagonistas: el emperador que, en su calidad de francmasón, estima y protege a la orden, y el papa que la maldice y quisiera mandarla a los infiernos, la francmasonería puede y debe adoptar un partido. Puede y debe marchar al lado de los que la comprenden y aman... Siguiendo al emperador, marchamos hacia la libertad de espíritu sin sujeciones, hacia la pacificación de la sociedad sin distinción de símbolos... Este héroe es nuestro hermano (francmasón); está ligado a nosotros por una cadena indestructible, indisoluble. El ideal que persigue nuestra sociedad nos lo asocia. Con nosotros y por nosotros, maneja el martillo de la fuerza, la escuadra de la sabiduría, el compás de la inspiración común, que sirve para regular, siguiendo un tipo ideal, los actos dignos del hombre».

La masonería, por lo tanto, se declaraba no sólo una vez más enemiga de Cristo y de su Vicario, sino que lanzaba al mundo la afirmación solemne de que era su «espíritu» el que animaba, fortalecía y secundaba toda la obra persecutoria contenida en el *Kulturkampf*.

En sus templos y en sus logias, crecía, como ha crecido siempre, primorosamente cultivado, el odio feroz contra el Cristianismo. Ahí radicaba la verdadera esencia de las políticas sectarias de un Bismarck o de un Cavour, disfrazadas ambas por sendos ideales de unidad patriótica, pero que en definitiva servían a altos intereses extraños, tal como lord Palmerston no tuvo inconveniente en manifestar.

José-Oriol Cuffi Canadell

no cederá en

CRISTIANDAD



su ortodoxia

El testimonio del Prelado

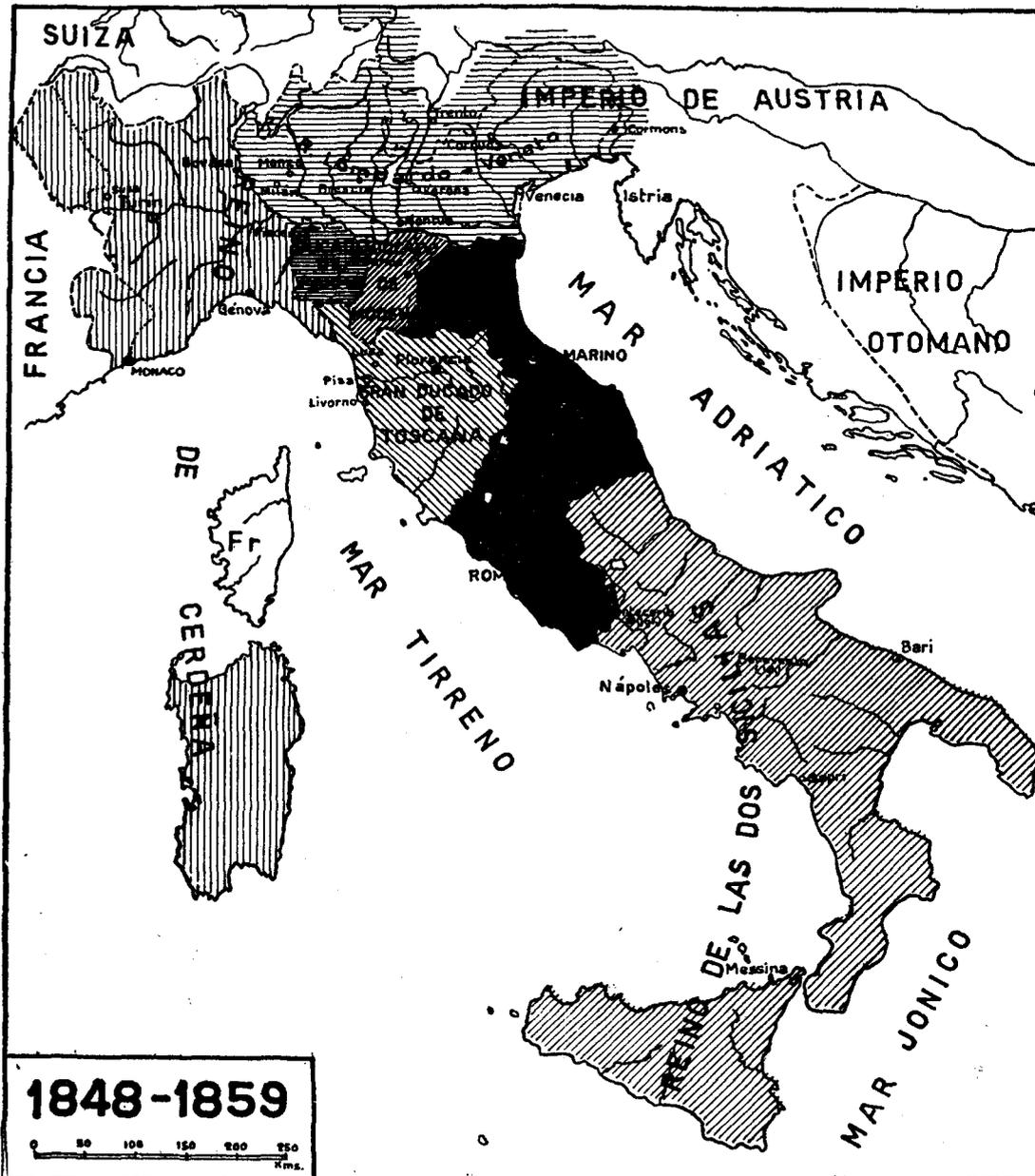
Recomendamos CRISTIANDAD con todo encarecimiento, no a los espíritus frívolos, incapaces de sostener un raciocinio o de aplicar su atención a temas serios y trascendentales, sino a los espíritus bien cultivados que sienten la inquietud que suscitan los graves problemas de orden filosófico, histórico, etc.

La Revista no debe descender de ese nivel, aunque sea a trueque de renunciar a éxitos fáciles.

Ni cederá un punto en su ortodoxia.

Hoy, más que nunca, es necesario aferrarse a la verdad eterna, a la verdad de la doctrina católica, única que puede iluminar las sendas de la inteligencia en medio del confusionismo y rebeldías de la hora presente.

(De la carta del Excmo. Sr. Obispo de Barcelona, publicada en el n.º 73 de esta Revista)



Un difícil «casus belli»

«(...) Mi posición era dificultosa, porque yo no tenía nada bien determinado que proponer. El Emperador vino en mi ayuda y nos pusimos a recorrer juntos todos los Estados de Italia *para encontrar esta razón de guerra tan difícil de hallar*. Después de haber viajado inútilmente por toda la Península llegamos a Massa y Carrara: *allí descubrimos lo que buscábamos con tanto ardor*. Hice al Emperador una exacta descripción de aquel desgraciado país del cual, por otra parte, tenía él un concepto bastante preciso, y nos pusimos de acuerdo en que se *provocaría una petición* de los habitantes a V. M. para pedir protección, incluso solicitando la anexión de aquellos ducados a la Cerdeña. (...)

Pero, ¿cómo ordenar Italia? Después de larga disertación nos pusimos de acuerdo sobre las siguientes bases, reconociendo, no obstante, que se podrían modificar según las eventualidades de la guerra:

El Valle del Po, la Romagna y las Legaciones constituirían el Reino de la Alta Italia sobre el cual reinaría la Casa de Saboya. El Papa conservaría Roma y sus alrededores. El resto de los Estados del Papa, con la Toscana formarían el Reino de la Italia Central. No se tocaría la circunscripción territorial del Reino de Nápoles. Los cuatro Estados italianos formarían una confederación a semejanza de la Confederación Germánica de la cual se daría la presidencia al Papa *para consolarlo* de la pérdida de la parte mejor de sus estados.

Este convenio me parece enteramente aceptable, porque siendo V. M. soberano de derecho de la mitad más rica y más fuerte de Italia *sería soberano de hecho* de toda la Península.»

DE LA CARTA DEL CONDE DE CAVOUR A VICTOR MANUEL II (Sobre la entrevista entre Napoleón III y el Ministro de Víctor Manuel II)

¡A sangre y fuego!

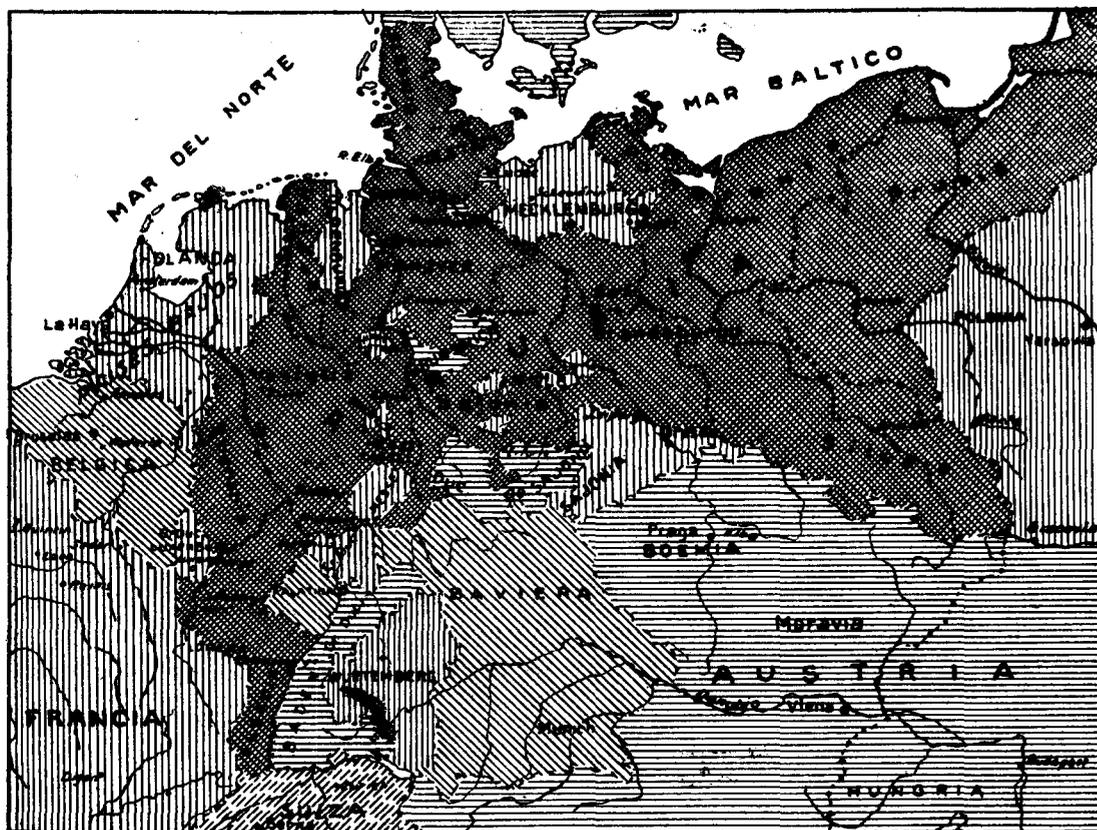
Cuando en 30 de septiembre de 1862 el recién nombrado Presidente del Consejo de Ministros de Prusia, Oton de Bismark-Schoenhausen, lanzó en la comisión de presupuestos de la cámara de diputados la frase: «¡Las grandes cuestiones de nuestra época no se resuelven con los discursos y votaciones de la mayoría (este fué el error cometido en 1848 y 1849), sino a sangre y fuego!» alzóse gran clamoreo en Alemania y en toda Europa y las dos hermanas, la hipocresía y la ignorancia, no sabían como expresar su asombro. ¡Cual si las «grandes cuestiones se hubieran resuelto de otro modo que a sangre y fuego siempre que se han suscitado entre los hombres!». Vociferábase hipócritamente contra la «inauguración de una política de fuerza». ¡Cual si en política se hubiera podido hacer jamás algo grande y justo sin el uso de la fuerza!

El ideal de progreso de Goethe, que se mueve en los caminos de una «tranquila instrucción» es muy bonito, pero en política, que no solamente tiene que tratar con ideas sino también con hechos, siempre será una vana apariencia y un fantasma; pues: «Fácilmente se reúnen los pensamientos, pero con fuerza se chocan las cosas en el espacio. Allí donde una se sienta, debe ceder el puesto la otra, y la que no quiere ceder, está obligada a rechazar; entonces estalla la lucha venciendo sólo la fuerza.»

Esta sentencia del gran idealista Schiller podría servir de divisa a la política del gran positivista Bismark; la idea moral de la unidad alemana hubiera podido ser y continuar siendo largo tiempo solamente una idea moral si la fuerza y el poder no se hubieran puesto a su servicio. (...)

(...) El poder y la fuerza de traducir la idea en hecho, de hacer efectivo el pensamiento, estaba en las manos de Prusia, sólo de Prusia. Y ésta, ¿ha realizado dicha idea del todo y en todas sus consecuencias? Del todo, no. Pero, ¿donde ha existido jamás, excepto quizás en el terreno del arte, un ideal realizado? (...)

(De «Germania» HUGO SCHERR)





Hitler

Dos hombres: Dos catástrofes



Mussolini

El «Conte di Cavour»

Desde la torre de mando del «Warspite», rodeado de sus oficiales, comentaba con sarcasmo el Almirante en Jefe, Sir Andrew Cunningham, acariciándose, orgulloso, la barbilla: «¡Cuánto desearía que errasen su ruta!»

Porque entonces podría gozarse en el placer de disparar aquellos cañones que, enfilados hacia el horizonte —los suyos, y los de los demás «dreadnoughts» que le seguían en fila— visaban una humareda lejana, anuncio de otra flota, que venía, sin gloria y sin provecho, a entregarse. Otra flota, la cuarta del mundo, que huía de unos pocos aviones alemanes, que aun hacían estragos sobre ella, y que acababan —Némesis auténtica— de hundir al más poderoso y más moderno de aquellos mastodontes sin honor, al «Roma», certeramente herido, pese a sus 35.000 toneladas y a sus nueve cañones de 38,1 pulgadas, por uno de aquellos rabiosos mosquitos representantes de todo el furor y de toda la venganza teutónica concentrada contra los infieles aliados de la vispera.

Con sus tripulaciones en plena desmoralización, llegaba aquella Armada que un día acariciarán las miradas del Duce y del Führer desfilando, esbelta, por las aguas partenopeas. Y la encabezaban los restos de las dos series de unos acorazados que un día Liddell Hart, el crítico del «Illustrated London News» había anunciado, temeroso, que expulsarían a los sucesores de Nelson de las aguas mediterráneas. Y que la desidia, o quizá la traición, habían ya, en el primer momento, dejado como blanco —tocado a mansalva— allá en Tarento, catástrofe que fué quizá un trasunto de Trafalgar para el Napoleón del siglo xx. La encabezaban tres buques (sólo superados por los nuevos «Littorio») que, construidos en 1911 según los planos del gran Cunberti —el creador auténtico del «dreadnought», el mayor arquitecto naval de su tiempo—, habían sido, pocos años antes, espléndidamente remodelados por Mussolini. Eran unidades de línea conocidas en todo el mundo por una denominación: la serie «Conte di Cavour», 32.622 toneladas; 27 nudos, 10 cañones de 32...

También el Conde de Cavour, Camilo Benso de Cavour, hace un siglo ahora, iniciaba una carrera política. También él se vió en el timón de un Buque, Buque del que se hizo cargo —el Reino Sardo—, después de la rota de Novara, en plena zozobra... Tuvo fortuna. Tuvo fortuna y tuvo audacia. Muchos de los presentes números de CRISTIANIDAD, dedicados a su tiempo —no por estéril capricho de erudición, sino por adivinar en él un momento crucial de la historia, transcendentalísimo, y estrechamente unido, por tanto, a los actuales acontecimientos que hoy trastornan el Mundo—, describen y tratan de su obra. Cuyos cimientos echó en la loca aventura de Crimea, en donde,

como a los dados, le sonrió la suerte. Cuyo inicio fué aquella provocación de la guerra franco-austríaca, tramada con el fin de que las armas de Napoleón III extendiesen el pequeño reino de Cerdeña desde sus pequeños confines piemonteses a otros, más amplios, de la Alta Italia, y cuya continuación fué la inicua empresa de despojar al Papa y a los Borbones de sus dominios hasta conseguir la unidad, casi total, de la Península. Murió, pero su obra, como bola de nieve, continuaba fatalmente, y nueve años después, anexionada Venecia, la brecha sacrilega de la Puerta Pia coronaba la realización de la unidad total de Italia como Estado moderno. Esta fué la obra de Cavour. Esta fué la Nave que botó en el mar proceloso de la Edad contemporánea.

Y esta Nave, después de no pocas alternativas —igual que el acorazado que llevaba el nombre del piloto— fué, un día, inesperadamente, remodelada. Un gran arquitecto se había hecho cargo de su timón: Mussolini. Y surcó, por un momento, las aguas con arrogancia y esbeltez.

Pero aquella remodelación había sido insuficiente y vana. Los Astilleros no poseían medios suficientes. Los Ingenieros no sabían técnica bastante. En el momento del peligro, la Nave buscó un refugio, esperándolo todo del potente aliado. En un cómodo y cobarde Tarento espiritual, se ansiaba verle ya victorioso para compartir con él el triunfo en la mesa de festín. Stalingrado fué el triste aviso de que vecinaba todo lo contrario. Los nietos de aquellos que, en la Tchernaiá, frente a Sebastopol, se batieron en 1855 quizá bastante bien, sin saber por qué, al lado de franceses y de ingleses contra un Zar lejano y nada odiado, acompañaban, triste irrisión, mezquina y fatigadamente, en 1942, a las «panzer-divisionen», como carne de cañón. Y allí se derrumbó todo, incluso el honor. Y la gran Nave, remodelada por Mussolini, abjurando de él, repudiándole, buscó en la pirueta clásica la salida del apuro... mas la pirueta, esta vez, falló, y el triste clown dió en el suelo.

La obra de Camilo Benso, Conde de Cavour, se derrumbaba en 1943. Italia quedaba fuera de combate.

El «Bismarck»

Aquel atardecer de mayo cumplían veinticinco años justos de otro —nórdico, crepúsculo interminable de fin de primavera— en que la Hochsee-Flotte abandonaba su refugio de Kiel para desafiar la «Grand Fleet» británica. Scheer contra Jellicoe. Hipper contra Beatty. Si el primero hubo de ceder el campo al segundo, el tercero arrebató el trofeo al cuarto. Jutlandia. La mayor batalla naval de los siglos.

En aquel atardecer de 1941, salía, orgulloso, el «Bismarck». Era el único gran acorazado —con su hermano el «Tirpitz»— que en la nueva gran Contienda poseía Ale-

mania, que esta vez cedía ya, de antemano, el dominio de los mares a su vieja rival. ¿Qué fines perseguía aquella singladura? Lo ignoramos. Mas el hecho es que desató tras de sí toda la jauría británica. Más rápido que los otros, el «battlecruiser» Hood, aun en aquel momento el mayor navio de línea del mundo, con sus 40.000 toneladas y superior artillería, desafió al alemán frente Terranova. Mas otra vez, como en Jutlandia, prevalecieron las corazas tudesacas. El gran crucera inglés fué hundido.

Alemania se estremeció de gozo. El buque que llevaba el nombre de su primer fundador, había mantenido enhiesto su pabellón. Mas el gozo fué breve. A su regreso se vió el mastodonte rodeado por todos los dinosaurios del mar inglés. El «Nelson», el «Rodney», el «King George V», 100.000 toneladas contra 35.000, le asediaban. Uno contra tres primero, uno contra seis después. Un final digno del Ocaso de los Dioses. Pero final trágico. Sin arriar la bandera de combate, el acorazado flamante y osado se hundió arrastrando a su tripulación entera...

... ..

También cumple ahora un siglo, empezaba a figurar en las complicadas dietas de los distintos estados y confederaciones, en el territorio germánico, el nombre del que había de ser capitán de una gran Nave: Otón de Bismarck Schoenhausen.

Doce años más tarde, empuñaba el timón de Prusia. Y sus primeras palabras, ante la Comisión presupuestaria de la Cámara habían sido éstas: «¡Las grandes cuestiones de nuestra época no se resuelven con los discursos y votaciones de la mayoría, sino a sangre y fuego!»

¡A sangre y fuego!

A sangre y fuego se resolvió la primera unidad del norte de Alemania, a expensas de Dinamarca, en 1863. A sangre y fuego se dirimió el viejo dualismo austroprusiano, consagrando la primacía de la Alemania brutal y protestante sobre la Alemania culta y católica, en 1866. A sangre y fuego se dirimió la eterna querrela germanofrancesa en Sedán, y fué sobre los cadáveres de esta jornada que se elevaba «la torre babilónica» del II Reich, el moderno Imperio germánico, la primera gran Nave acorazada que botara Bismarck y cuya mole conmovió hasta lo más profundo las aguas de Europa y del orbe entero.

Esta gran Nave fué creciendo siempre. Y siempre, bajo la eterna consigna. Su fundador murió. Le acompañó —triste destino humano— el circunstancial desvío de algunos príncipes de menguada talla, pero su orgullo pudo sonreír satisfecho al ver lo gigante de su obra. Es cierto que los errores de aquéllos estuvieron a pique de dar al traste con ella. Un pobre emperador, Guillermo II, corrió este peligro en 1918. Se salvó, sin embargo, lo esencial. Tanto, que una década después, un pintorcillo que había sido tenido por loco —y lo era, aun cuando genial— y que como tal había sido desdeñado por todos los grandes, agitaba ya de nuevo inmensas muchedumbres. El año 1933 le vió, ya Canciller de Alemania, en el mismo puesto de mando que Otón de Bismarck. Y, poco después, Führer omnipotente, esta vez del Reich III.

Y el nuevo gran Navio empezó su propia singladura. Sobre las mismas aguas que habían, en 1918, devorado aquel otro mastodonte, su predecesor. Mas aquél confiaba —y no en vano— en la propia potencia, potencia tan extraordinaria, que pudo tener en jaque seis años al mundo entero. Era la obra terrible de Otón de Bismarck Schoenhausen, que revivía en su vesánico sucesor, y que seguía resolviendo las grandes cuestiones a sangre y a fuego.

Mas, como el «Schlachtschiff» de su nombre, la gran Nave alemana se vió asediada al fin, jadeante, por toda la jauría mundial. El rubio Sigfrido, herido doquier, acorralado, hubo de ver cómo huestes occidentales atravesaban el Rin, sin poderles oponer un Rosbach como Federico. Y cómo las moscovitas llegaban a los barrios de Berlín,

sin esperanzas de que muriese el Zar rojo y se produjese el soñado cambio que había sido, en el siglo XVIII, la salvación del viejo Fritz. Fría, cruelmente, el mundo entero, vengativo, avanzó y dirimió la cuestión alemana tal como había proclamado precisamente, un día, Otón de Bismarck: a sangre y a fuego. Y la Nave se hundió con estrépito apocalíptico. La más alta de las ciudadelas militares que quizá jamás elevase el orgullo humano —tal vez ésta hubiera sido una tercera torre babilónica en la famosa visión de Donoso Cortés— se derrumbó tras la catástrofe más grande que la humanidad ha presenciado, después del Diluvio.

Dos hombres, dos estilos

A través de las páginas de estos números de CRISTIANIDAD —hasta ahora preferentemente, y siguiendo el mismo orden cronológico, relativamente a Italia, y en adelante, por la misma razón, con predilección a Alemania— se puede seguir la gestación de las dos grandes unidades que fueron parto del siglo XIX. Y que, al ser también surco del paso de dos hombres, vienen así comentadas en su impresionante paralelismo: Dos hombres, dos reyes. Dos hombres, dos guerras. Dos hombres, dos pueblos, Dos hombres, dos crímenes.

Pero también podemos decir, dos hombres, dos estilos. No porque Camilo Benso de Cavour, conde de Cavour, de estirpe más bien saboyarda, casi nórdica dentro de su península, desconociese aún a los veinte años la lengua de Dante y del Petrarca, y resultase así un paradójico fundador de la moderna Italia, su política fué menos típica de la que corresponde a los discípulos auténticos de Maquiavelo. Cavour, de nombre y de educación francesa, no fué por ello menos digno de equipararse, y aun de superar en la práctica, al maestro florentino. Al resultar maestro, a su vez, de una turbia política que, continuada luego por multitud de claudicaciones y de vilezas, había creado el Estado que él cuidara de mantener a través de tantas vicisitudes...

Hasta que un día, tras una Gran Guerra, como siempre ingloriosa, de la que Caporetto fué el exponente indeleble, que no Vittorio Veneto; hasta que un día, aquella política —la de Crispi, la de Giolitti, la de Facta— se vió alterada por un meteoro que surgía. Se llamaba éste Benito Mussolini. Y este hombre, según se vió claramente después, estaba y anduvo siempre solo. No tuvo pueblo. Ni siquiera partido. Ni siquiera —sus debilidades inconcebibles lo demostraron— fué él su propio hombre. ¿Fué un loco? En todo caso fué una llama, una antorcha, que brilló dando destellos, quizá pese a todo, pese al mismo hombre que la encarnaba. Y Mussolini, por un momento, alteró aquella vieja política de cabriola que tan bien había iniciado Cavour, y que le había permitido siempre, utilizando a mayores Potencias como «mingo», ir sacando partido de las propias debilidades para salirse de apuros e ir extendiendo los confines de la nueva Italia...

Por un momento, su silueta noble pareció presidir una noble política. Desde el Danubio se acudía a Roma en demanda de dirección. «Tu regere imperio populos, Romane, memento...» Desde muchos otros sitios, incluso desde España... Pero el pueblo romano se cansó pronto. Y los jefes también. Y hasta el propio Duce, de ser Duce. Es un pueblo, el itálico, demasiado cristiano —lo hemos comentado demasiado otras veces, para haber de repetirlo aquí— para volver a quemar incienso antes los viejos dioses que dieron a Roma su dominio universal. Por ello mismo, al separarse del Cristianismo arraigado tras veinte siglos, no le es dable caer en otra parte que en lo más bajo del paganismo de la prostitución... y aquel fatal 1943, y sobre todo el repugnante espectáculo de la Plaza del Duomo, en Milán, último día de abril de 1945, y ahora, ha poco, este otro, el del Foro romano, al glorificar al asesino

vil, lo ha demostrado cumplidamente. Italia vuelve a la cabriola. A la política de Giolitti, de Facta y del florentino Maquiavelo... la que corresponde, en definitiva, entre tanto no se decida a volver a ser cristiana como era su vocación y su alto honor.

Al estilo de Cavour, itálico, se opone el de Otto de Bismarck, prusiano. Cien por cien, de auténtico «junker». Si Bismarck fué el Cavour alemán, ha sido a condición de traducir a este último idioma toda la personalidad del político italiano. Como si es verdad que Prusia fué el Piamonte de Germania, lo fué, desde luego, al estilo no de los hijos del Petrarca, sino del de los auténticos bárbaros del Norte. Y Bismarck se ha perpetuado. «Quiero pronto la guerra, alegre, jovial», cuenta Bulow, en sus memorias, había sido la confidencia, a la luz del sol de la noche, del último Kaiser a bordo del yate que le paseaba por los fiordos de Noruega. «¿Tratados? ¡Bah! «Chiffons de papier!»», tal es la respuesta que el Ministro de Relaciones Exteriores alemán dió para justificar la aplicación del plan Schlieffen de violación del territorio belga, y que ha pesado sobre Alemania, sin duda ninguna, como una losa que han sabido utilizar bien, en su redomada hipocresía, sus contrarios. «No retrocederé ante nada. No hay derecho internacional, no hay tratado que pueda impedirme sacar provecho de una ventaja cuando se presente. La próxima guerra será terrible, sangrienta y cruel», declara Hermann Rauschning haber oído de Adolfo Hitler. Es siempre la vieja y primaria declaración de Otto de Bismarck, que revive en sus sucesores, la de zanjar las cuestiones «a sangre y a fuego»: la misma que era cara a las huestes de Genserico, y que se ha perpetuado, más aún que en la escritura rúnica que el nacionalsocialismo había simbólicamente restaurado, en la mentalidad selvática que por antítesis subsistía en el subconsciente alemán. Y que, a punto de ser ahogada definitivamente por unos siglos de Cristianismo que había hecho de aquel magnífico pueblo, en no pocos aspectos, el más culto y más admirable del mundo, fué despertada por los martillazos salvajes que diera, en las puertas de la catedral de Wittenberg, de noche, mientras el lobo aullaba en el Harz, tumba de Barbarroja, el fraile apóstata Martín Lutero. Cuando clavó en ella noventa y tantas tesis de disolución, de anarquismo y de rebeldía.

Una convergencia. «Mittel-Europa»

¡Y, sin embargo, extraña coincidencia, triste y como de negra predestinación! Existe algo, en el correr de los tiempos que, pese a todo, pese a mutuas antipatías, pese, incluso, a la geopolítica y a la economía, enemiga y contrapuesta, une indefectiblemente en sus desvarios a estas dos nuevas nacionalidades surgidas de dos hombres, de dos guerras, de dos crímenes.

Pese a políticas, a temperamentos tan diversos como son el alemán y el itálico, que necesariamente se manifiestan en forma tan opuesta. Pese a la temerosa aversión que contra «el tedesco» siente, atávicamente, el habitante de la Península. Pese al desprecio que en su orgullo invencible siente el rubio y esbelto nórdico hacia la raza «decadente» del mediodía. ¿Qué es este misterioso «fatum»?

Una extraña atracción hace mancomunar a los dos pueblos: al del Norte, que odia. Al del Sur, que teme. Los mancomuna y, claro está, al fin los desune. Pero es ello siempre tras la tragedia.

En los tiempos de la itálica unidad, es Prusia, que no Francia, la que la consagra definitivamente. Prusia entrega Venecia a la nueva Italia, y son los cañonazos de Sedán, no las cobardes huestes de Víctor Manuel, los que abren la brecha de la Puerta Pia. Después, a fines de siglo, el vínculo del crimen común —la expoliación del Papado en Italia, el «Kulturkampf» en Alemania—, determinan la institución de la Triple Alianza, tan absurda, tan

contra natura. Una complicidad en el pecado es la madre de una nueva mancomunidad: Mitteleuropa. Que, como siempre, acaba dramáticamente. La «voltaface». Italia en guerra, en 1915. Y una victoria triste y mutilada, peor casi que una derrota... Siguen los tiempos. Surge aquel nuevo y extraño movimiento a que nos hemos referido antes: el Fascismo. Y con él un nuevo motivo de atracción entre el lobo del Norte y el débil meridional...

Porque parece, ciertamente, que el destino quiera que lo que se representa como un ensayo en Italia, lo que es en ella bufo, o a lo sumo dramático, sea luego representado, trágicamente, en Germania... la unidad italiana fué el modelo que imitó, mejorándolo a su manera, Bismarck. Prusia no hizo sino seguir la pauta del Piamonte. Y sus leyes anticlericales las calcó, aguzándolas con brutalidad pomerana, de las de Siccardi en el Parlamento de Turin. Pasaron años, pasaron guerras... Surgió en la Piazza del Santo Sepolcro un movimiento que aparentemente era «feroce», y que el mundo, como sus propios protagonistas, tomó en serio. Fué aquello, ya citado, el Fascismo, que el porvenir había de demostrar cuán hueco era... Pero el Fascismo tuvo este valor, el eterno valor que tienen las operetas italianas. Fué el «ensayo». Y en él se inspiraron los alemanes. Incapaces de inventar, hallaron en él, magníficos perfeccionadores como son, la pauta necesaria. El nacionalsocialismo era ya viable, porque podía calcar, sobre el inmejorable papel alemán, el modelo que se le daba. Y hasta el hombre encontró su modelo en el hombre. Sin la estampa de Mussolini, trasunto de Bartolomeo Colleoni, «condottiere», a buen seguro no hubiera osado erigir la suya Hitler. Siempre lo mismo: Bismarck, inmensamente más enérgico que Cavour, pero imitador de Cavour. Prusia, mil veces más fuerte que el Piamonte, pero inspirándose en el Piamonte. Hitler, auténtico y vesánico titán que en su locura había de conmover al mundo, pero mirando a Mussolini, actor de la más formidable farsa que se haya jamás urdido, por cuanto sus mismos protagonistas y comparsas creían, ingenuos, en su autenticidad.

¿Filosofía? ¿Cultura?

Ni el espacio nos sobra, ni la preparación tampoco para poder tocar este delicadísimo punto, que dejamos para plumas más doctas, como digno de llenar las páginas de esta Revista... y quede, desde ahora, como un reto, lanzada esta invitación... significativamente, cuando Mussolini se hallaba recluido en Santa Ponzia, en agosto del año 1943, e Italia, oficialmente, aun era su aliada, Hitler le envió —¡involuntario sarcasmo!— las obras de Nietzsche como personal obsequio... ¿No dice esto mucho?

El «superhombre» del discípulo de Schopenhauer, su «Wille zur Macht» había sido, largos años, artículo de exportación que había traspasado los Alpes. Este pan espiritual había alimentado al Duce, en sus años mozos, como lo había hecho con el Führer. La convergencia llevaba el origen del veneno común. Veneno que alimentaba dos grandes desvarios del moderno pensamiento en un mismo odio infernal. Y un odio que nos afecta a todos nosotros, cristianos, enamorados de nuestra Cabeza y de nuestro Modelo: Jesucristo. Porque es un odio especialísimo, un odio como casi personal.

Es el odio que pretende ridiculizar su sagrada persona, presentándola como la antítesis de aquel «superhombre», de la propia virilidad. Es el odio que quiere presentar a su Esposa y Madre nuestra, la Iglesia, obra suya, como la obra de decadencia de las mejores esencias del hombre y de la historia. El Cristianismo, la «enfermiza religión» de los esclavos y de los degenerados que el itálico gibelino no puede perdonar, porque fué, según esta pretendida filosofía, el gusano que royó la magnífica majestad de Roma, dominadora del orbe. Que el germano no puede soportar, porque es la antítesis del orgullo personificado por Wotan

y por los «heroicos» moradores de la Selva sagrada y mítica.

... Mit Brennender sorge...

Y así puede bien afirmarse que fué, no solamente contra el nacionalsocialismo, sino contra esta nueva filosofía estatista, que la voz —Fides intrépida— del Papa Pío XI se elevó gallarda, puesto que se enfrentaba contra unos dioses en el apogeo de su poder, el día 14 de marzo de 1937, dominica de Pasión, y a quienes advirtió, profética, la catástrofe que sobre ellos se cernía y que se consumó en un diluvio apocalíptico de «sangre y de fuego» sobre la Cárcel de Berlín en abril de 1945... «... aquel que... osase poner al nivel de Cristo, o peor aun, sobre Él o contra Él, a un simple mortal, aunque fuese el más grande de todos los tiempos, sepa que es un profeta de quimeras, a quien se aplica espantosamente la palabra de la Escritura: «El que habita en el Cielo se burla de ellos» (Ps., II-4)».

Y lo advirtió, esta voz profética, al mismo tiempo, con amor, con caridad. «Con viva ansia y con estupor...» «Mit brennender sorge.»

Porque parecía estaba reservado a nuestro siglo, al pavoroso siglo xx, como si en él no hubiera bastantes abominaciones, la de esta persecución de tipo tan especial. El nuevo Juliano es Adolfo Hitler. Su nueva Roma es la moderna Estatolatría. Y por ello la posición de la Iglesia, lógicamente, no podía ser más clara. «Mit brennender sorge...», el Papa adoptó contra ella una de las posiciones más enérgicas, más generales y más condenatorias que jamás se hayan presenciado. Llega, incluso, muy al «estilo» de Pío XI, a existir en ella como una verdadera y santa pasión. Y se explica. Ha habido, sin duda, enemigos más tremendos aun. Con ninguno, o con casi ninguno, las palabras del Papa han sido tan contundentes. Con ninguno la antipatía tan profunda, de parte del clero y del pueblo fiel. ¿Por qué? Muy sencillo. El cerebro nos dice que hemos de ser los mayores enemigos de los peores enemigos de nuestra Madre. Pero el corazón se rebela con más fuerte reacción, no contra los peores —esencialmente hablando— de todos, sino contra aquellos que afrontan más directamente. ¿Qué hijo no reacciona si ve a su madre

abofeteada? Y las blasfemias proferidas por la «filosofía» nacionalsocialista tuvieron este triste privilegio, por el hecho de ser las más brutales —de brutalidad típicamente selvática— que haya proferido boca humana. Burla soez contra lo más caro al alma cristiana: las lágrimas del Hombre fuerte por excelencia, de nuestro Salvador amado, arrancadas no de su debilidad, que nunca existió, sino de su Corazón, el mayor Corazón entre todos los de los hombres. Burla de nuestra Madre María. Burla de la Iglesia...

... Pocas, muy pocas veces se ha visto a la trágica realidad subrayar una voz profética en forma tan rápida y contundente. Con motivo, el corazón paternal de Pío XI sentía «viva ansia y estupor...» «mit brennender sorge...», al saber, como por superior intuición, cuán inminente era el castigo que anunciaba.

«Para vencernos a nosotros, al Tercer Reich—gritó un día, en su delirio, Goering—, ¡¡serán necesarios todos los demonios del infierno!!» No era nuevo el estilo, aun cuando lo fuesen las palabras. Más académicas las que Otto de Bismarck profería cuando declaraba que no iría jamás a Canossa, correspondían a la misma mentalidad. El Reichstag había, a menudo, resonado al conjuro de voces semejantes.

Y la obra de Bismarck, en efecto —la obra común del Eje europeo, obra que quería coronar el íntimo antagonismo, a la vez que el íntimo paralelismo que incubaba la mayor paradoja política de la Europa de nuestro tiempo—, no acabó en Canossa. Queremos decir: no se acogió, ni siquiera hipócritamente, por lo menos en oficial acatamiento, a las «Canossas» que lejos de deshonorar, civilizan. Acabó, tal como la voz del Mariscal del Reich había anunciado, en manos de los demonios del Infierno, que trasunto del mismo lo fué el horror de aquel abril espantoso, cuando, dos años ha, la soberbia capital de Prusia, entre hierro y fuego, era derribada del pedestal que le había forjado Otón de Bismarck Schoenhausen, sobre el modelo y la inspiración que había hallado, allá en el meridión, en el Conde de Cavour, bajo un común denominador gibelino, restaurado entre dos reyes, dos pueblos, dos guerras, dos liberalismos y dos crímenes en pleno siglo xix, para terminar en la doble catástrofe del siglo xx.

Luis Creus Vidal

Dos hombres: Dos guerras

(Viene de la página 271)

Las repetidas derrotas de los franceses les obligan a retirar la guarnición que sostenían en Roma y en vista de ello los piemonteses ocupan el resto de los Estados pontificios para «protegerlos de cualquier atropello». El 20 de septiembre de 1870, después de breves combates, pero alguno de ellos tan sangriento como el de la Porta Pia. Pío IX ordena cesar el fuego. Los piemonteses ocupan la Ciudad Santa y el Papa se retira a su Palacio del Vaticano.

EPILOGO

Roma es ya la capital del Reino de Italia y los Reyes de Italia moran en el antiguo palacio pontificio del Quirinal.

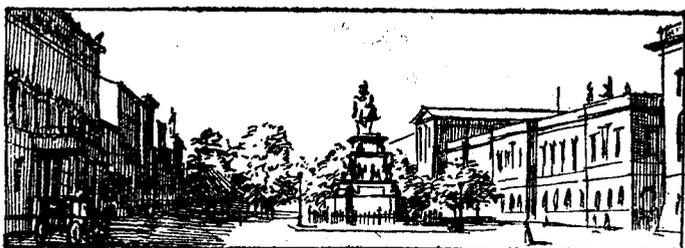
Es especialmente interesante recordar estos hechos ahora en que todos recordamos cómo el Reino de Italia, edificado con lodo del Piamonte y agua de las cloacas romanas, se hundió en una charca de sangre y de cieno.

* * *

El resultado final fué: debilitación de Austria, potencia católica, formación del Imperio alemán de raíz protestante, desaparición de los Estados pontificios y del Reino de Nápoles y hundimiento del segundo Imperio francés con el advenimiento de la III República masónica y perseguidora.

Grandes fueron los progresos de la Revolución, conquistando nuevas y fuertes posiciones para sus posteriores asaltos. Nuestro amigo Luis Creus lo va a relatar.

Domingo Sanmartí Font



Unter den Linden

«La consigna, como suele decirse, del liberalismo actual es la emancipación del Estado con respecto a la Iglesia.

»Esta emancipación puede entenderse de dos maneras, según que la propugne el liberalismo absoluto o el liberalismo moderado; al segundo de los cuales se aproximan, de buena o mala fe, muchos que son todavía católicos si no en su modo de pensar, por lo menos en su intención, y que asumen la denominación de católicos liberales.

»El primero de dichos liberalismos quiere la emancipación por medio de la supremacía del Estado, el segundo por su completa independencia con respecto a la Iglesia. Los católico-liberales sostienen la conveniencia de la separación, no como verdad especulativa, sino como método práctico.

»El liberalismo absoluto concibe al Estado como el poder más alto a que puede elevarse el género humano en su progreso social. Según él, el Estado goza de omnipotencia, pues no tan sólo no reconoce ningún poder superior, sino ni tan siquiera igual o no sujeto a Él. Su poder es supremo y universal: nadie puede resistirle, sino que deben obedecerle todos. Su derecho es el derecho por excelencia, la fuente y origen de todos los demás derechos, la regla suprema de las relaciones entre los hombres.

»Frente a Él, ningún derecho individual o doméstico es inviolable, y mucho menos puede haber un derecho sagrado de que otra sociedad pueda jactarse. Todos los derechos están subordinados al derecho público, y de éste es promulgador y juez tan sólo el Estado. Los demás derechos inferiores derivan de Él en virtud de las leyes que Él sanciona, de suerte que ellas son la última norma del obrar humano. Por esto la sociedad humana no es estacionaria, sino progresiva: ninguna ley, ningún derecho, ninguna institución son inmutables, sino que todo depende de la voluntad social, obediente al progreso; la cual voluntad se manifiesta por la pública opinión de aquellos en los que la humanidad progresa, y es elevada a ley por los representantes del pueblo en los Parlamentos.

»Esta concepción, si bien se considera, constituye el espíritu que anima —aquí más, allá menos— las modernas constituciones de Europa elaboradas según los famosos principios de 1789. En virtud de tal teoría, la Iglesia no tan sólo pierde toda preeminencia frente al Estado, sino que desaparece enteramente como Sociedad perfecta e independiente. A lo más resta en calidad de simple agrupación, como cualquier asociación civil particular, sometida al Estado, del que deriva su existencia moral. Y como quiera que el Estado es quien concede a la Iglesia, por su solo beneplácito, gozar de vida pública, asimismo es Él quien determina y mide sus derechos, reservándose para sí la vigilancia. Es una condición de la Iglesia según todo respecto inferior a aquella en que se encontraba bajo los Emperadores paganos en los momentos de tregua de las persecuciones sangrientas.

»No llegan a tales extremos los liberales que adoptan el nombre de moderados. Estos propugnan no la supremacía, mas si la autonomía e independencia del Estado: sea que lo quieran como transacción, sea más verdadera-

Dos hombres, dos liberalismos

mente como transición. Para ellos la Iglesia y el Estado forman dos sociedades del todo independientes y separadas entre sí en el orden de sus respectivos objetos. Lo que expresan con la fórmula: *La Iglesia libre en el Estado libre* (1).

La obra de donde entresacamos el fragmento transcrito, cuya última frase es la célebre fórmula de Cavour, tuvo una repercusión enorme: nada menos que la de provocar la expulsión de los jesuitas del naciente imperio alemán de Bismarck. Hasta tal punto había dado en el vivo.

Dejemos que su autor nos describa ahora este segundo liberalismo, que, como nos ha advertido, en algunas ocasiones era una solución de *transacción* y una solución de *transición* en todas:

«El fin del Estado no está ordenado en modo alguno al fin de la Iglesia, ni el poder del primero subordinado de modo alguno al de la segunda. Tal subordinación acarrearía la confusión. El Estado es enteramente *sui juris* y dueño de sus actos, sin ninguna consideración a la religión de sus súbditos. Dicta sus leyes sin preocuparse de nada más, exigiendo la observancia de las mismas cualquiera que sea su oposición con las leyes canónicas. El solo interés político le guía en sus determinaciones, junto con la prosperidad temporal de los ciudadanos. A lo más, en aras de la concordia, podrá, en algún punto particular, llegar a establecer pactos o convenios con la Iglesia accediendo a tratarla de igual a igual; mas estos mismos pactos y convenios cesan con el transcurso del tiempo o de las circunstancias particulares, según apreciación del Estado. La Iglesia no tiene derechos públicos propiamente dichos, ni debe de sí extenderse al orden material. Como sociedad espiritual que es, está reducida al solo orden interno de conciencia; en cuanto a lo externo, no puede disfrutar más que de derechos individuales y de la libertad común. Por lo demás, es competencia del Estado ensanchar lo más posible en beneficio de todos los confines de esta libertad, concediéndola plenamente en lo que se refiere al culto, conciencia, prensa, enseñanza, asociación: en una palabra, a todo lo que se refiere al pensar u obrar humano, siempre que no perturbe la tranquilidad pública» (2).

Esta segunda solución dual no puede ser permanente. La sociedad, para subsistir, necesita de un principio supremo unificador, y si éste no es, como en los tiempos de la Cristiandad medieval, el poder espiritual de la Iglesia será el poder material del Estado. Si existen, en realidad de verdad dos poderes, uno debe estar en alguna manera subordinado al otro: «Oportet enim gladius esse sub gladio», es preciso que una espada esté subordinada a la otra.

También en el reino de Prusia, núcleo central del naciente *Reich* se había pasado por esta fase transicional. También allí, según los principios del liberalismo moderado, se había implantado desde 1848 «la política eclesiástica de tratar a la Iglesia romana católica con todas sus órdenes y congregaciones que forman la organización más

(1) y (2) *Liberatore*, «La Chiesa e lo Stato».

poderosa del mundo como a cualquiera otra asociación inocente, dándole el derecho de reunión que disfrutaban todos los prusianos» (3), conforme a los artículos 12 y 30 de la constitución de 31 de enero de 1850. El artículo 12 decía: «Se garantizan la libertad religiosa, la reunión de sociedades religiosas, y las prácticas religiosas en común, tanto en familia como públicamente». A esto añadía el artículo 30: «Todos los prusianos tienen el derecho de reunirse en sociedades para todos los fines que no estén penados por las leyes».

Basta fijarse en el lenguaje que emplea el conocido historiador que acabamos de citar, para ver hasta qué punto esta admisión de la Iglesia por parte del Estado prusiano a gozar de los beneficios del derecho común era una situación precaria. Inmediatamente después de reconocerle estos derechos, empieza a ser mirada con desconfianza. El libro de *Liberatore* precipitó los acontecimientos: la Compañía de Jesús quedó fuera de la ley en todo el Imperio como peligrosa para su seguridad. En otro lugar de este número se trata del *Kulturkampf*. Del liberalismo a lo Cavour al liberalismo a lo Bismarck: he aquí una primera posible trayectoria si se aceptan los principios liberales.

Importa ahora disipar una duda: ¿Bismarck liberal?, podría preguntarse algún lector moderno, acostumbrado a considerar a Bismarck como prototipo del cesarismo y militarismo prusianos. Y con todo, los católicos contemporáneos suyos comprendían muy bien que se le aplicase este apelativo.

Cesarismo y liberalismo, en efecto, no son conceptos opuestos, no expresan realidades incompatibles, al contrario: el primero indica, como hemos visto, el término de hecho al que desemboca el segundo, y puede muy bien, por consiguiente, subsumirsele. Es preciso dar a la palabra «liberalismo» este sentido amplio y profundo si quiere entenderse la enemiga que CRISTIANIDAD tiene hacia él; el sentido en que la Iglesia lo ha condenado repetidamente.

He aquí un ejemplo de cómo apreciaban esta relación los autores católicos que tuvieron que presenciar la euforia del liberalismo naciente:

«He aquí, en efecto —escribe el ponderadísimo P. Ramière—, el último y quizás el más inevitable de los peligros que amenazan a las sociedades modernas: la servidumbre, la universal destrucción de toda libertad y de toda dignidad individual, por un despotismo del que ningún ejemplo nos ofrecen los pasados siglos y ni siquiera nos permiten que nos formemos de él una idea. Ya hace mucho tiempo que profundos observadores, pertenecientes a diversas escuelas, han hecho notar los espantosos síntomas de esta enfermedad que la democracia moderna lleva en su seno, y que les ha parecido más mortal y más irremediable que la misma anarquía...» (4).

Y dice, citando a Tocqueville:

«Dos revoluciones parecen operarse en nuestros días en sentido inverso: la una debilita de continuo el poder, y la otra le refuerza sin cesar... De una parte las más firmes dinastías quedan conmovidas o arruinadas; de todos lados los pueblos se emancipan violentamente del imperio de sus leyes, destruyen o limitan la autoridad de sus señores o de sus príncipes; todas las naciones que no están en revolución se muestran al menos inquietas o miedosas: el mismo espíritu de revuelta anima a todas; y de otra parte en estos mismos tiempos de anarquía y en los mismos pueblos, el poder social acrece sin cesar sus prerrogativas; se hace más centralizador, más emprendedor, más absoluto y extenso. Los ciudadanos caen a cada instante bajo la férula de la Administración pública: ven obligados insensiblemente y como a pesar suyo a sacri-

ficarle diariamente algunas nuevas partes de su independencia individual; y estos mismos hombres que de vez en cuando derriban un trono o huellan a los Reyes, se sujetan, cada vez más, sin resistencia a los menores caprichos de un funcionario.»

Y sigue describiendo el P. Ramière esta situación de las sociedades modernas, con palabras que bien podría calificar de proféticas quien no hubiese descendido como él hasta estas profundidades de la lógica social:

«La anarquía y la servidumbre, es decir, las dos más mortales enfermedades de las sociedades, tales son, para la sociedad moderna los resultados más claros de sus tan celebrados progresos. En otras épocas, los pueblos oscilaban entre estos dos extremos funestos, y pasaban violentamente de uno a otro: pero al menos el despotismo les libertaba de la anarquía y la anarquía les salvaba del despotismo. Nosotros hemos hallado el medio de reunir estos dos azotes que parecen excluirse: de hacer el poder menos estable sin hacerlo menos opresivo; de quitarle todo lo que le permitía salvar nuestros derechos sin disminuir en nada la grave carga que hace pesar sobre nuestras libertades» (5).

No es esta la única página de «La soberanía social de Jesucristo» en que parece que estamos leyendo el más actual de los reportajes; llámese «despotismo» a la enfermedad diagnosticada en ella, llámese «cesarismo», «tiranía», o si se prefiere, usando un nombre que el resultado de la última guerra ha hecho pasar de moda: «totalitarismo», bajo la diversidad de expresiones la realidad permanece, y esta realidad es bien poco halagüeña:

«Si; la servidumbre bajo el despotismo absoluto del Estado: el yugo degradante del cesarismo —monárquico o democrático, poco importa—; la supresión de la independencia individual, de la iniciativa privada, de la autonomía de la familia y del municipio; y la dominación cada día más irresistible y absorbente del poder central que anula la actividad del individuo, monopoliza los intereses y paraliza las influencias libres, para sustituirlas con su propia influencia: tal es el peligro más formidable a que se hallan expuestas las sociedades modernas» (6).

¿No es ello natural y previsible? Si se empieza negando la primacía del Espíritu, ¿no es inevitable terminar en la esclavitud?

La fórmula de Cavour hace lo primero. Está muy bien, en boca del vil agresor de los Estados pontificios. Más difícil de explicar resulta que católicos esclarecidos no teman adoptarla también como propia. Desde el momento en que ello ha sucedido, el corazón de la Iglesia está en zozobra...

El catolicismo liberal aceptará la lucha con la impiedad en el terreno del derecho común. Una distinción inicial le pone, de momento, al abrigo de una condena: una cosa es la tesis, arguye, el orden de los principios teóricos, otra cosa es la hipótesis, el orden de las posibilidades prácticas.

«¡Dios no permita que yo pretenda discutir un dogma, inventar o corregir una teología! No profeso una teoría absoluta, sino una doctrina práctica, sacada de la lección de los acontecimientos; no quiero transformar en cuestión de ortodoxia una cuestión de conducta.

»No puede ser libre la Iglesia más que en el seno de la libertad general... Huelga decir que la libertad religiosa que yo invoco no puede ser ilimitada, como no puede serlo ninguna libertad; como no puede serlo tampoco, por otra parte, ninguna autoridad...» (7).

Junto con esta distinción, un hermoso mito: el «liberal de buena fe» (algo así como el «bon sauvage», de

(3) Onken, «Historia Universal», Tomo 42.

(4) «La soberanía de Jesucristo».

(5) y (6) E. Ramière, S. J. «La Soberanía Social de J. C.».

(7) Monsalembert. Discurso en el Congreso de Malinas. Citado por Mourret, «Histoire de l'Eglise».

Rousseau) pasa a ser una piedra fundamental en la concepción de los católicos liberales.

No les advirtáis con razones o ejemplos de que la palabra «liberalismo» es una engañosa divisa grabada en el portal de la tiranía: ellos replicarán exhibiendo una espectacular excepción: el liberalismo democrático de los Estados Unidos de América, donde, se escribía a mitad del siglo pasado, «cincuenta nuevas diócesis fundadas en menos de cincuenta años muestran, a aquellos que saben ver y comprender, de qué manera nos ahoga la libertad» (8). ¡Del liberalismo de Cavour al liberalismo de Bismarck la trayectoria no es inevitable! El laicismo del Estado y la libertad de cultos no conducen fatalmente a la persecución de la Iglesia. Cabe una alternativa, y ella es la que se impone en todas las Sociedades donde los católicos aceptan de buena fe la situación de hecho que predomina en su país; los Estados Unidos son un ejemplo de ello, el más brillante sin duda. El hecho parece históricamente incontrovertible. Merece, por consiguiente, su examen desde el punto de vista de los intereses de la Iglesia, y en general de la Cristiandad. Y no dudamos que quien tuviera la posibilidad de llevar a fondo este análisis obtendría datos valiosos y orientadores en grado sumo. No es este nuestro caso; limitémonos, por consiguiente, a algunas consideraciones muy generales.

Por muchos motivos son de admirar nuestros hermanos católicos de los Estados Unidos, a quienes afecta, dentro de la Iglesia de Cristo, una nueva y grave responsabilidad desde que su Patria ha alcanzado el primer lugar entre las potencias mundiales; mas testimonios recientes de excepción nos obligan a ser parcos en la admiración cuando se trata de la situación de la Iglesia dentro de la gran República norteamericana. El catolicismo americano corre peligros específicos muy graves: el principal tal vez de ellos, fruto natural de la cotidiana convivencia con cuarenta millones de hombres oficialmente ateos, y otros muchos de ateos prácticos, puede ya preverse *a priori*; es la indiferencia religiosa, tal vez peor aun que la persecución; los grandes escritores católicos del siglo pasado ya ven esta posible alternativa una vez dentro del camino del liberalismo:

«Es preciso confesar que no todos los apóstoles del liberalismo ocultan, bajo hipócritas protestas de tolerancia, su formal intención de convertirse en perseguidores. Hay algunos que son sinceros en el ofrecimiento que nos hacen de conceder derechos iguales a la verdad y al error. Pero se correría el riesgo de caer en un deplorable engaño, si se quisiesen ver en tal ofrecimiento las pruebas de una mayor benevolencia respecto a la religión, cuando por el contrario, puede ser muy bien el resultado de un odio más profundo, aunque más hábil. La verdad, en efecto, tiene un enemigo más mortal que el error: es la indiferencia. Aquel que sostiene una doctrina errónea proclama por lo mismo, en cierto sentido, los derechos de la verdad; toda vez que esforzándose en hacer aceptar como verdadera una cosa falsa, supone como un principio evidente que tan sólo la verdad tiene el derecho de imponerse a la adhesión de la inteligencia. Mas si la inteligencia llega a un estado tal en que no hace distinción entre la verdad y el error y en que no teniendo la fuerza suficiente para afirmar o negar cosa alguna, se deja arrastrar doquiera le empujan las olas de la duda y el viento de la opinión, entonces nada absolutamente la puede salvar de un completo naufragio, y el tesoro de la verdad que Dios le había confiado se ve sin remedio absorbido por el abismo de la indiferencia.

»Respecto de muchos partidarios sinceros del liberalismo abrigamos la íntima convicción de que la imparcialidad de que hacen gala no es más que el resultado de ese absoluto desdén por la verdad; y si encarecen tanto

el valor de las libertades modernas, es porque las juzgan más a propósito que la misma persecución para consumir irremisiblemente el divorcio entre la fe cristiana y las sociedades venideras.

»Preciso es reconocer que con ello dan pruebas inequívocas de un conocimiento de la naturaleza humana que jamás tuvieron los más feroces perseguidores. En lugar de exponerse a las inevitables reacciones que provoca la violencia, prefieren conseguir la completa ruina de la religión por medio de la acción más lenta, pero también más irresistible, del medio social. Comprenden que no pudiendo el hombre como individuo nacer y desarrollarse más que en el seno de la sociedad, sufre inevitablemente su incesante influencia. ¿Quién no ve, en efecto, cuán insignificante es el número de hombres que tienen criterio propio y que se saben abstraer por completo de la tiranía de la opinión? Apoyándose en esta verdad que acredita la experiencia saben esperar; y hasta el presente, jamás ha dejado de coronar el éxito sus esperanzas de que, *doquiera la sociedad establece sus relaciones con Jesucristo bajo la base de la más completa indiferencia, las masas han de ser inevitablemente víctimas del contagio de semejante atmósfera y han de desprenderse poco a poco de la religión*. La tolerancia civil es para ellos un medio seguro, aunque tal vez un poco lento, de llegar a la tolerancia doctrinal, es decir, a la absoluta indiferencia» (9).

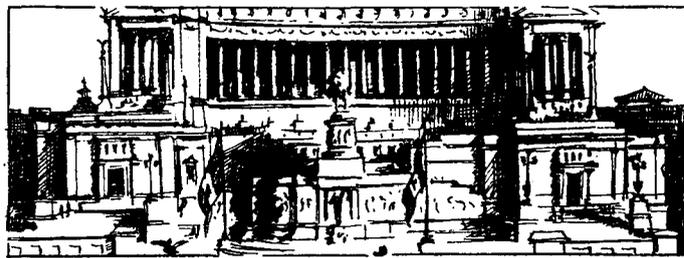
He aquí el último paso, el último peligro: de la tolerancia civil a la tolerancia doctrinal, de la situación liberal defendida como hipótesis, a la mentalidad liberal aceptada inconscientemente como tesis. ¡Cuán difícil es no dar este paso!

En efecto, un ideal es siempre expansivo, es vibrante; la boca no puede enmudecer cuando el entusiasmo embarga al corazón. De aquí que sea una condición de vida, para la verdad, que se la predique «oportune et importune». Un ideal sistemáticamente reprimido empieza por languidecer y termina por morir. Bajo capa de prudencia, el catolicismo liberal adopta esta imprudente actitud. Por razones de convivencia práctica, teñidas a menudo de una falsa caridad, deja de predicar a los cuatro vientos la sabiduría de Cristo, el ideal cristiano, y acepta prácticamente convertirla en asunto de conciencia. ¿Quién no ve el peligro de que poco a poco se acomode de esta situación, que la violencia espiritual que al principio representaba para él se convierta primero en resignación pesimista y luego en tácita conformidad? Un catolicismo no acostumbrado a prestar batalla, ¿puede darse cuenta de las enormes aberraciones incluidas, verbigracia, en la «Carta del Atlántico»?

Los dos hombres, los dos liberalismos, era el título de este trabajo; del liberalismo a lo Cavour al liberalismo a lo Bismarck. Tan sólo una alternativa en esta trayectoria: la indiferencia religiosa; la Iglesia ahogada legalmente, ya que no legalmente decapitada. Y tal vez sea todavía conceder demasiado: sabido es que un católico no puede prácticamente llegar, en los Estados Unidos, a las altas magistraturas del Estado...

Jaime Bofill

(9) E. Ramière, S. J. «La Soberanía Social de J. C.».



Monumento a Victor Manuel

(8) II Congreso de Malinas, 1864, Discurso del P. Félix.



A SETENTA AÑOS VISTA DEL CATACLISMO NACI

Este capítulo que a continuación reproducimos de la obra *Germania*, de JUAN SCHERR... fué escrito hace setenta y pico de años, en ocasión de la fundación del que entonces fué el Reich, y no hace sólo una década, en pleno delirio nacistá. En las parrafadas siguientes vibra, bajo el legítimo patriotismo, siempre respetable, el nordismo antirromano y antilatino, expresión del orgullo de raza que ha llevado a un noble pueblo a seguir tan falsos y fatales dioses. En ellas podrá ver el lector la prueba de una constante inspiración anticatólica, la que ha leído siempre en este germanismo histórico y brutal.

«La guerra de 1870 y 1871, el mayor acontecimiento del siglo, fué en sus causas fundamentales y en sus dignos finales una lucha del romanismo contra el germanismo. El 18 de Julio de 1870, los jesuítas hicieron decretar por el Concilio «Vaticano» la infalibilidad

del Papa, y al día siguiente se lanzó la declaración de guerra de los franceses contra Alemania. El dogma romano de la infalibilidad y los gritos que resonaron en los «boulevards» de París de «¡a Berlín, a Berlín!», tuvieron el mismo sentido. El cálculo de los Jesuítas fué astuto, pero la prueba fracasó.

«Esperábase, tanto en las Tullerías como en el Vaticano, haber dirigido el cartel de desafío contra una Alemania desunida; pero el norte y el sur, el este y el oeste, liberales y conservadores, ricos y pobres, príncipes, hidalgos, ciudadanos y labradores, católicos y protestantes, levantáronse como un solo pueblo en armas y «con el estruendo soberbio de la tempestad, parecido al estrépito de las espadas y al choque de las olas contra las rocas, resuena por todas las comarcas de la patria el grito: «¡Al Rhin, al Rhin, al Rhin alemán!».

«Sabemos que la estupidez, la ignorancia, la mentira, la envidia y la malicia son grandes potencias en la tierra; pero el poder reunido de estas cinco grandes potencias no basta para obscurecer el esplendor glorioso del trabajo titánico que Alemania efectuó en siete meses. Con duraderas letras de fuego, como el rayo las inscribe en las rocas, la historia apuntará el transcurso de este trabajo en el libro de la eternidad, y allí podremos leer, cuando las pasiones, las calumnias y el odio de la edad presente hayan desaparecido, que la grandiosidad del drama heroico alemán de 1870 y 1871, fundóse primero, en la pureza y justicia de nuestra causa; segundo, en la unidad, hasta ahora sin ejemplo en la historia de nuestro país, y de todas las clases, castas y oficios, en el pensamiento nacional (pues no importó nada que una minoría apenas visible hubiera querido hacer traición a este pensamiento), y tercero, en el aislamiento de la nación alemana; de modo que sin auxilio alguno de fuera, confiada sólo en su propia fuerza, logró tan asombrosos resultados y el justo premio de sus victorias, la Alsacia y la Lorena, propiedad nuestra antes robada y ahora reivindicada a sangre y fuego.

«La conciencia del derecho, el pensamiento de la unión, el sentimiento del deber, la sensación manifiesta de la fuerza nacional, fueron los que dieron su invencibilidad al ejército alemán. Este ejército se presenta a la vista del admirador como vivero magnífico y vigoroso, plantado, cuidado y purificado hasta su desarrollo por los héroes de nuestra civilización, por nuestros grandes pensadores y poetas. Cada soldado alemán, desde el general en jefe hasta el último bagajero, llevaba con o sin conocimiento en su pecho todo lo mejor y más sublime que jamás ha ideado e intentado el genio alemán. (...)

«¡Oh santa Nemesis, hija de la justicia, tarde vienes, pero al fin llegas! Durante cuatro siglos, la Francia, reino, república o imperio, había hecho guerras de rapiña contra Alemania, nos había arrebatado ciudades y provincias, saqueado y devastado nuestras regiones, había minado primero el antiguo imperio alemán destruyéndole después, había intentado varias veces la destrucción del nombre alemán, y ahora con gran asombro del mundo, llegó la hora de la expiación en medio de los truenos de las batallas. Como tantas veces en el transcurso de los destinos de los pueblos, también en esta ocasión la diosa de la venganza se mostró como maestra incomparable de ironía, pues en el palacio de uno de los enemigos más soberbios y crueles de Alemania, en el mismo castillo de Versalles, que Luis XIV había construido cual monumento magnífico de la humillación del antiguo imperio alemán, el general de los alemanes aliados, el rey Guillermo de Prusia, el vencedor de Francia, fué proclamado en 18 de enero de 1871 emperador del nuevo imperio alemán.

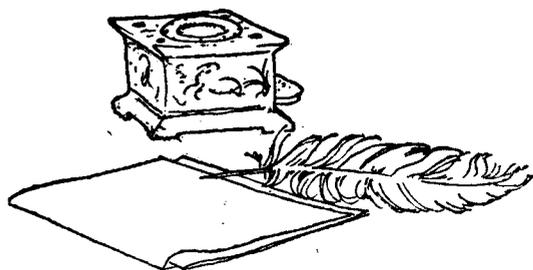
«Dos meses más tarde, en 21 de marzo, el emperador abrió la primera dieta en Berlín con un discurso de la corona que, clara y dignamente, caracterizó la posición del nuevo imperio en medio de

Europa: «El espíritu que anima al pueblo alemán, penetrando su instrucción y sus costumbres, así como la constitución del imperio y sus instituciones militares, preservan a la Alemania, en medio de sus triunfos, de todo abuso de sus fuerzas adquiridas por la unión. El mismo respeto que exige Alemania para su propia independencia, lo concede también a la independencia de todos los otros Estados y pueblos, tanto a los débiles como a los fuertes. La nueva Alemania, surgida de la prueba de fuego de la guerra, será la salvaguardia segura de la paz europea, porque es bastante fuerte y está bastante convencida de su poder para conservarse la dirección de sus propios asuntos, que es de su incumbencia exclusiva, y para los que se bastará ella sola. ¡Que la reconstrucción del imperio alemán sea también para la nación en el interior la señal de la grandeza alemana! ¡Que a la guerra franco-alemana, concluida tan gloriosamente, siga una paz interior no menos gloriosa, y que la tarea del imperio alemán se limite en adelante a mostrarse vencedor en la lucha por los bienes de la paz!».

«Los músicos y poetas alemanes han cantado a porfía en su patria las hazañas de sus compatriotas en el año «grande», pero las alabanzas más hiperbólicas de tales proezas y de sus resultados han llegado a nosotros del extranjero, de allende los Alpes, alabanzas salidas de los labios de uno de los hijos más eminentes de Italia, José Civinini, de Florencia, quien se expresó del modo siguiente: «Si las armas de Prusia realizaron materialmente el gran pensamiento de la unión alemana, a este trabajo activo había precedido un trabajo de ideas, que empezando con Leibnitz, se continuó hasta nuestros días: poetas y filósofos, críticos e historiadores han colaborado en él, de modo que podemos decir que la regeneración de Alemania es una obra verdadera del pensamiento y de la ciencia. En todos los terrenos del saber humano, en todas las formas de la creación poética, la Alemania espiritual ha preparado a la nueva Alemania política. La ciencia y la literatura, la filosofía y la historia han inculcado en el pueblo alemán el profundo sentimiento de la propia nacionalidad, le han enseñado a considerarse como destinado a una gran misión histórica, le han impuesto el cumplimiento de esta misión como un deber. Sí, esta fué la verdadera señal característica del movimiento alemán, que en primera línea fué una obra del espíritu, y cuando ésta hubo llegado a la madurez, pasó a ser obra de la fuerza material. Como el rayo al trueno, así precedió la idea al hecho, y antes de que los alemanes se hicieran materialmente el pueblo más poderoso de Europa, fueron idealmente el más instruido: la jefatura política es efecto y consecuencia de la intelectual. El que vive en la creencia de que el espíritu signifique algo en este mundo, poco se fia de la duración de obras que sólo sean fruto de manejos políticos y militares sin una preparación suficiente espiritual y moral. Pero allí donde un pueblo tiene ya una filosofía, ciencia, historia, poesía y música verdaderamente nacionales, creadas por todos y a todos comunes, allí donde hace más de un siglo que un desarrollo siempre creciente ha fundado la unidad en el terreno del saber y del pensar, allí pueden venir los días de Sadowa y de Sedán: pues encontrarán un suelo labrado que dará sazonados frutos. El nuevo imperio alemán no es, por lo tanto, como se ha dicho con sobrada ligereza, hijo de la fuerza; es el fruto lentamente madurado del pensamiento, es la manifestación política de la instrucción espiritual, es el triunfo de un largo trabajo civilizador, adquirido por el empleo de la fuerza en el servicio de la idea, del mismo modo que las victorias se alcanzan siempre en el campo de batalla de los hechos».

«Termine con tan elocuente alabanza, que a la vez es una enérgica amonestación para el porvenir, este libro; yo, que lo he escrito hasta donde mis facultades correspondían a mi voluntad, en honor de mi patria y para su enseñanza, estoy seguro de hacerme intérprete de todos los alemanes de cabeza y de corazón, si como palabra final expreso esta bendición:

«¡Que nuestro pueblo avance confiado hacia sus futuros destinos, incansable en el trabajo, audaz en sus ideas, justo en sus acciones, constante en sus costumbres, firme en su derecho, fuerte en su defensa, moderado en la fortuna, animoso en la adversidad, y llegue en breve al perfeccionamiento de su unidad, la paz y la libertad! ¡Salud a Germania!»



BISMARCK

Cartas a mi novia y esposa

(Fragmentos)

La fama de hombre rudo y feroz de que goza Bismark encuentra su máxima contradicción en las cartas que dirigidas a su novia y luego esposa se conservan como una muestra de delicadez y de ternura y de las cuales presentamos a continuación algunos fragmentos a que aludimos hace al mismo Bismark asegurar que Atila era un corderito a su lado. Con el mismo dejo de ironía escribe a su esposa que las viejas, a lo largo de su ruta triunfal, se le hechan a los pies llorando la existencia.

«Por fin el correo me ha traído tu carta del 5, después de que yo había concebido serios temores desde hace unos días respecto de su retraso, pues cartas de Berlín llegan aquí con sólo dos días de diferencia. Me alegro de que Lepmann, por lo menos, encuentre mejoría en tu estado, pero es inquietante que tú no tengas la sensación de ello. ¿Cómo estás de apetito y sueño? En esto es donde se aprecia con más fundamento la realidad de tu mejoría. Yo me reprocho no haber permanecido a tu lado, pues estoy seguro de que la separación obra sobre tus nervios de una manera intranquilizadora; pero te servirá de consuelo el que, con la ayuda de Dios, yo repararé aquí totalmente mi salud. (...)»

«No dejes de mandar que te traigan uvas, muchas uvas. Tengo la convicción de que te van a ser de más utilidad que las venenosas pócimas del boticario. Envío para los niños algunos sellos de los llegados en el correo de hoy. La esposa de Karoly debe de estar aquí desde hoy, no la he visto todavía; se le espera también a él hoy; ha estado hasta ahora en San Juan de Luz, a dos millas de aquí. Tú recibirás al presente una carta mía del 4, fechada en Baden, una del 6 de Burdeos, y creo que dos o tres más aquí. Haz que los niños me escriban, no te fatigues tú haciéndolo. (...)»

«El rey acaba de dejarme, ha firmado el tratado de paz en mi oficina; me ha concedido la condecoración del Aguila Negra y lo que es más importante para mí, me había abrazado con gran efusión y yo me estaba repitiéndome que pasado mañana, a esta hora, me reuniría contigo para pasar unos días y que, entretanto, mañana me hartaría de cazar faisanes, cuando ha entrado ese pájaro de mal agüero de Jenny con la terrible noticia de que el viernes habías sufrido una recaída y que a causa de ella volvías a sentirte sumamente débil. Debido a ello ando muy temeroso y preocupado, y procuro reanimar mi abatida esperanza con el pensamiento de que, hasta ahora, no he recibido ningún telegrama notificándome la suspensión de tu viaje, por lo que presumo te sientes todavía con fuerzas para emprenderlo. Por efecto de tu carta optimista, de la que la posterior y última del viernes en nada disienta, me dejaba arrullar por el sueño de que todo volvía a estar bien y de que, por fin, nos encontraríamos pasado mañana. (...)»

«Me alegra haber sabido por Keudell que te adaptas a las circunstancias; temía sólo que pudiese sobrevenirte una disminución de fuerzas en cuanto cesara la vigilancia. Por lo que hace a nuestro pobre hijo enfermo, no puedo decir que tus noticias sean aún muy consoladoras, aunque tengo firme confianza en la divina Providencia. ¡De qué manera más lamentable deben de haberle descuidado! Saluda a mi querido hijo cariñosamente y tranquilízalo; de momento, persistirá todavía en su debilidad y paciencia, pero en cuanto recobre sus fuerzas, si Dios quiere, será preciso que ponga el mayor esmero en no sobrevalorarlas. (...)»

«A pesar de todo, ayer, al oír que la caballería de la guardia acampaba en las cercanías, me faltó tiempo para correr a caballo al campo e ir al encuentro de nuestro retoño de alferez, a quien hallé por fin en Montgé, a dos millas al noroeste. Le llevé cigarros y coñac, le encontré bien fuerte y crecido, casi podría decir estirado, sin que se le pueda llamar flaco. Felipe está hoy aquí, ha ganado la Cruz y yo he pedido a S. M. me permita comer con mi sobrino.

Lo sucedido a Bill el 16 no es como te lo conté al principio. Su caballo no fué alcanzado por las balas mientras él lo montaba, sino que tropezó a cincuenta pasos del «quarré» enemigo, con otro que había caído ante él. De nuevo en pie, nuestro hijo, con la evidente protección de Dios, lo condujo llevándolo por la brida, a pie, bajo una verdadera lluvia de balas, y después de haber previamente puesto sobre la silla a un soldado de dragones que yacía herido en la proximidad. A pie él y a caballo su camarada, no han sido blanco, por un verdadero milagro, de la granizada de balas que se les dirigía; no así en cambio su montura, que ha caído muerta después de haber sacado del fuego a Bill con su salvado camarada. Se ha portado con gran intrepidez y compañerismo. Doy gracias a Dios que nos ha dispensado este motivo de satisfacción en nuestros dos hijos y que nos los ha conservado, a pesar de todo; que su divina bondad les siga otorgando benevolencia a ellos y también a nosotros. (...)»

«Cuando uno es ministro por demasiado tiempo y consigue además éxitos con la ayuda de Dios, siente claramente como la fría ciénaga de la envidia y el odio le va invadiendo más y más hasta llegarle al corazón; uno no gana nuevos amigos; los viejos mueren o se retiran en desazonada humildad y la frigidéz de arriba crece como la historia natural de los príncipes, aun de los mejores. Todas las simpatías, a pesar de ello, necesitan de la correspondencia, si han de durar. En una palabra, siento frigidéz espiritual y la nostalgia de estar a tu lado, en el campo, en soledad contigo. Esa vida cortesana no la soporta a la larga ningún corazón entero. Sano de cuerpo lo estoy, con todo, más de lo que desde hace muchos años lo había estado, y te saludo a ti y a los niños con apasionado amor y con una cierta añoranza.»

«Saludo tu feliz arribo a Homburg con algunas líneas de mi mano a fin de que llegue a las tuyas una prueba segura de que estoy bien. Durante la pasada noche no pude abstenerme de pensar por largo rato, tan pronto como me volví para conciliar el sueño, en la manera como estamos diseminados por el mundo: tú rodando por la línea del ferrocarril de Turingia, Herbert en el mar entre Arcona y Bornholm, María en Berlín, Bill en Hanau, nosotros aquí en el bosque. ¿Por qué no hemos de poder estar juntos? El viajar es para muchos el mayor deleite, para nosotros un motivo de pena. A diario hemos comido hasta los dos solos, ni siquiera con Lange; no puedo ver gentes extrañas, de tanto como hecho de menos a los míos, cuando no les veo a mi lado. Desde hoy por la mañana hace un tiempo caluroso y sol. Hasta ahora de 8 a 10 grados y lluvia; hoy por la mañana, cuando Kuno cazaba (sin resultado) ha visto marcar la temperatura de 3 grados; cuando yo me levanté, a las nueve, marcaba los 16. El bosque está tan hermoso como pueda estarlo, los campos sedientos, las patatas y la avena recogidas; el heno se ha echado a perder con la lluvia hasta el extremo de que todavía no tiene abundancia de flor y esmalta los campos esperando la guadaña. Veraneantes no faltan, a pesar del frío, en todas las casitas. Destruyen la tranquilidad del bosque. Yo estoy todo el día libre, andando, cabalgando, corriendo en coche y disfruto al menos seis horas de aire puro contra una en Berlín. Tampoco me canso tan aprisa, vaya a pie, o a caballo. De trabajo, en principio, no hago ninguno, estoy en casa, leo novelas, me echo junto a la chimenea. Si esto no es bastante... Que Dios te guarde y vuelvas robusta y animosa.»

La polémica del Maritainismo

«Los pueblos tendrán que escoger entre la perspectiva de un caos agravado, irremediable, y un ardiente esfuerzo de cooperación, que siendo paciente y perseverantemente hacia una progresiva organización del mundo en una comunidad supra-nacional.» - J. Maritain.

El nombre de Maritain y más aún el de la corriente ideológica todavía imprecisa que intenta ampararse bajo su nombre y su prestigio, suscita en estos momentos una curiosidad verdaderamente universal que ha llegado a contagiarse incluso a la prensa diaria.

¿Qué piensa CRISTIANDAD de este movimiento de ideas que se desarrolla principalmente en el campo religioso-político-social?

No queriendo, como no queremos, descender al terreno fácil pero poco fructífero de la polémica, ni teniendo posibilidad, por el momento, de dedicar al tema el detenido estudio que merece, vamos a limitarnos, hoy, a dar al lector un nuevo indicio sobre los ya publicados (1), para que pueda ir formándose por sí mismo una primera impresión.

«¡Mirad de qué espíritu sois!»

Inmediatamente antes de transcribir un fragmento de un discurso de Maritain en un mitin de «Francia Eterna» celebrado en Nueva York, la revista argentina «Civilización» advierte a sus lectores: «¡mirad de qué espíritu sois!». De buen grado repetimos nosotros la misma advertencia —aunque no, ciertamente, en el mismo sentido— al reproducir de ella dicho fragmento, éste lleva por título

«LA IDEA DE FRANCIA»

Comunidad y libertad

La historia de Francia está llena de desastres misteriosos y de misteriosas resurrecciones. En un siglo y medio, ningún país ha sufrido más que Francia las antinomias del progreso moderno. El aniversario de la toma de la Bastilla nos recuerda no sólo la luz de libertad y esperanza que la Revolución Francesa esparció gloriosamente por todo el mundo, sino que despierta el sentido de la dignidad y de los derechos de la persona, el sentido de la libertad, la igualdad y la fraternidad humana que ha infundido un eco del Evangelio en el orden político y en la ciudad temporal. El aniversario del 14 de julio nos recuerda también el cruel malentendido que desde entonces ha atormentado a la conciencia francesa apresada entre su tradición cristiana, que demasiado a menudo es confundida con una política reaccionaria, y su tradición revolucionaria, que no pocas veces es identificada con una filosofía destructiva de la vida. Sin embargo, esta contradicción, más aparente que real, ha sido incapaz de destruir la comunidad profunda de la nación. En víspera de la actual guerra, la reconciliación entre esas dos tradiciones antagónicas estaba en vías de alcanzarse entre los franceses fieles a la vocación de su país. Pero otros se habían hasta opuesto a ella. Lo que la vocación de Francia aspira a conseguir a través de todas las tempestades de la historia, lo que Francia ha conocido durante una serie admirable de siglos, lo que había perdido en aquellos años de atroz división que precedieron a esta guerra y prepararon el desastre, lo que debe encontrar ahora de un modo más perfecto, es, simultánea e indivisiblemente, la comunidad y la libertad, la comunidad en la libertad.

Por este camino, nuestro país busca la grandeza. Aunque ha confundido alguna vez la grandeza con la gloria; su verdadera grandeza, sin embargo, ha tenido más que ver con la humanidad que con la gloria. Ningún pueblo puede renunciar al sentido de la grandeza sin traicionar su propio destino. Esto es notablemente cierto para un pueblo que, como el francés, tiene un pasado secular de grandeza y al cual la civilización y la libertad humana deben tanto. El pueblo de Francia ha sido traicionado por los hombres que, a fuerza de un

nacionalismo egoísta y aislacionista, han renunciado a la grandeza, a la generosidad y al honor de su país. El pueblo de Francia está ansioso de grandeza. La cuestión, tanto para él como para todos los pueblos que con él cooperan, consiste en saber exactamente qué clase de grandeza en realidad se halla en juego.

La grandeza de Francia es una grandeza de humanidad

Europa no ha podido salvarse por sí misma; hoy tiene necesidad del Nuevo Mundo y del mundo entero para escapar a la esclavitud y a la muerte. Los tiempos en que Europa sola reglaba la suerte del mundo han terminado. ¿Europa ha de ser por esto sometida a la tutela del mundo? No. En adelante, miembro de una gran comunidad de pueblos iguales en derechos, Europa está llamada a desempeñar libremente su papel en la común y solidaria dirección del progreso del mundo.

Y Europa necesita de Francia, de una Francia libre y fuerte. Según la palabra del gran escritor Charles Morgan, Francia es una idea necesaria al mundo. En lo concerniente a la fuerza material, ni el volumen de su población ni su potencia económica le permiten luchar con las grandes comunidades nacionales que se encuentran en camino de tomar el gobierno. Pero la fuerza material no lo es todo. Está también la fuerza cualitativa del espíritu, de la experiencia humana, de la inteligencia creadora e inspiradora que estimula el movimiento de la historia. (...)

He ahí dónde reside la grandeza de Francia. En eso consiste la idea de Francia, necesaria al mundo. Entretanto, es evidente que semejante idea no se mantiene por sí misma; debe ser encarnada, ha menester del cimiento de la fuerza nacional, de la integridad territorial, de la libertad política y de aquella igualdad de derechos que conviene a un pueblo dueño de sus destinos. Nadie duda de la importancia del papel que la posición geográfica de Francia y de su Imperio africano desempeñan en la presente guerra. Aunque derrotada en 1940, Francia ha pagado ya con creces el precio de su sangre; su misma derrota ha sido una razón para la victoria del futuro.

Todo esto nos explica por qué y en qué sentido el pueblo francés desea obrar y exige ser tratado como una gran nación.

Los pueblos habrán de elegir entre una edad de nacionalismo y una edad de democracia

Las consideraciones que acabo de exponer no significan que la política de dominación está decidida y definitivamente eliminada. En el futuro, ni para Francia ni para el mundo es posible que se proponga el problema de una política de prestigio o de dominación, ni de aquella voluntad de poder que Maquiavelo ha sido el primero en codificar. Un nacionalismo egoísta y sin freno es el mayor peligro que el mundo habrá de evitar mañana. Para Francia, por virtud de lo humano y universal de su razón y de su vocación, una era de nacionalismo sería una calamidad doméstica. Sabemos que un sentimiento nacional profundo y poderoso es una base normal y sana para la tarea que los pueblos han de cumplir; pero sabemos también que el nacionalismo es un grave peligro para ese mismo sentimiento nacional, así como para la paz del mundo, porque el nacionalismo no es sino un substitutivo irracional que enmascara la ausencia de ideal constructivo y de real fuerza nacional.

¿Cómo evitar este peligro? Ante todo, se requiere que se tenga confianza en los pueblos. Los países sojuzgados han soportado todos los sufrimientos, físicos

(1) Vd. «Feligreses buenos y malos», Domingo Sanmartí, CRISTIANDAD, n.º 20; y «El trabajo y el hombre», por Jaime Bofill, CRISTIANDAD, n.º 72.

y morales, pero han permanecido fieles a la libertad. Por esto es necesario tener confianza. Las reservas humanas del pueblo constituyen hoy la última esperanza de la civilización.

Pero, sobre todo, lo que se requiere también es la visión e inspiración colectivas que se fundan en un gran ideal constructivo, es el despertar de una esperanza inmensa, heroica, en una nueva civilización más digna del hombre. Un sentido positivo del compañerismo democrático y de la amistad fraternal, una voluntad positiva de realizar juntos los profundos cambios necesarios en la estructura del mundo, es lo único capaz de superar en todas partes el peligro del nacionalismo.

Los pueblos tendrán que escoger entre la perspectiva de un caos agravado, irremediable, y un ardiente esfuerzo de cooperación, que tienda paciente y perseverantemente hacia una progresiva organización del mundo en una comunidad supranacional.

Si aquellos que han de guiar a Francia, y si cada uno de nosotros en su humilde parte, tienen conciencia de la responsabilidad, entonces Francia puede desempeñar en aquel sentido un papel apropiado a su grandeza. **El pueblo francés aspira con todas sus fuerzas a una nueva democracia, política y social, que para él se encarnará en la Cuarta República. Tenemos confianza de que podrá cumplir lo que quiere, en la reconciliación, esperada desde tan largo tiempo atrás, de la inspiración democrática y la inspiración evangélica, y por un ideal heroico de amor fraternal extendido a todos los hombres. No carece de significación que Francia tenga dos fiestas nacionales, el 14 de Julio y la fiesta de Juana de Arco, fiestas que se compenentran y no importan sino una sola e idéntica promesa. Si se economiza a Francia ser frustrada en su voluntad más profunda por los grupos que han caído moralmente en quiebra y que sueñan aún salvar sus intereses, si se le da tiempo, su liberación será una prenda de libertad y de renovación de mayor importancia histórica aún que la toma de la Bastilla; su segunda revolución será más fecunda aún que la primera, y proclamará la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad en el espíritu de Juana de Arco, la humilde aldeana, la hija del pueblo, la santa en cuyo corazón la llama del Evangelio ardió más alto que la hoguera de Ruán» (2).**

Nos hemos permitido subrayar el último párrafo del artículo anterior. Pero el lector deberá perdonarnos que insistamos sobre el mismo. ¿Se ha fijado en lo que escribe el famoso pensador?

«No carece de significación que Francia tenga dos fiestas nacionales: el 14 de julio y la fiesta de Juana de Arco, fiestas que se compenentran y no importan sino una sola e idéntica promesa.»

Precisamente en la fiesta de Santa Juana de Arco estamos escribiendo estas líneas. La promesa de Juana de Arco ¿puede ser una e idéntica con la del 14 de julio, toma de la Bastilla?

Santa Juana de Arco, la santa heroína de la independencia francesa, ¿puede tolerar e incluso aprobar que las llamas de la hoguera que le merecieron la palma del martirio se confundan con las que destruyeron la tristemente célebre fortaleza? ¿Son, una y otra hoguera, un mismo cántico a la libertad, un mismo símbolo de Francia, de la idea de Francia?

La promesa del 14 de Julio

«Toda Francia resuena con esta hazaña de heroísmo, nuestros hijos la referirán a nuestros nietos y el extranjero que la oiga conocerá qué héroes somos los parisienses.»

(NOTICIA EXACTA de la toma de la Bastilla, de un documento del tiempo).

La Bastilla era una antigua fortaleza del arrabal de San Antonio. Carlos V había comenzado la construcción, Carlos VI la había terminado en 1383. El hijo de éste, Carlos VII, es quien fué coronado por Santa Juana de Arco, cuando había perdido prácticamente la

(2) De la revista argentina, *Civilización*, núm. de Julio-Septiembre 1945, páginas 85-89. Fragmento del discurso pronunciado por Jacques Maritain en el mitin de «Francia eterna» (Nueva York) el 14 de Julio de 1943, y que tradujo Carlos R. Gerat.

totalidad de su territorio y recibía el nombre de «el Rey de Bourges».

Cinco siglos han transcurrido. La historia de la Bastilla ha sido tenebrosa; no podía ser otra la de una cárcel-fortaleza donde se habían cumplido indistintamente las sentencias de la Justicia junto a las del favoritismo. Reina ahora Luis XVI.

Un artículo de unos anales, titulado «Memorias de la Bastilla», acabó de hacerla objeto de horror y de odio, de suerte que su desaparición habría sido sólo cuestión de tiempo; mas los acontecimientos políticos precipitaron de modo imprevisto esta destrucción.

Dejemos la narración de estos acontecimientos, de todos más o menos conocidos, para fijarnos en un detalle que tiene para nuestro propósito especial significación. **También la toma de la Bastilla tuvo su «heroína».**

La encontramos de nuevo protagonizando los acontecimientos del 6 de octubre, cuando, con el pretexto de la falta de pan, se amotinaron las mujeres de París y se dirigieron a Versalles, y en noviembre, arengando a la Asamblea Nacional para que «construyera para sí un Palacio que fuera el digno templo de la Libertad donde en otro tiempo estuvo la Bastilla...»

No nos interesa seguir sus pasos, sino más bien considerar su persona. Se llamaba Théroigne de Méricourt. Su belleza física le había merecido de sus conciudadanos el apodo de «La bella liejesa».

¿Quién era esa Théroigne? ¿Consolidaba ella la obra de la libertad de Francia, iniciada por Juana de Arco? ¿Quién era esta «santa» de la Revolución que debe abrazarse con la Santa Iglesia, abrazo simbólico de «Francia eterna», de «La Idea de Francia»?

«Théroigne, hija de padres honestos y ricos en Méricourt, en Luxemburgo, perdió su inocencia, su fe, la felicidad de su vida, y abandonada por su seductor, un noble, en la desesperación huyó a Inglaterra, donde atrajo los ojos de algunos grandes señores, y a su costa llevó por algún tiempo una vida opulenta y liviana. En casa del liviano Príncipe de Gales parece haberla visto el Duque de Orleáns y haberle dado cartas de recomendación para París. Aquí, cuando ya había perdido toda base moral, se puso en relaciones con los cabecillas de la revolución, especialmente con el poeta José Chenier. Su ídolo era Siéyès, públicamente le ofreció sus homenajes; su pasión era ahora la revolución; también Pétion pertenecía al número de los hombres a quien ella veneraba. Estos habían trastornado su cabeza con ideas revolucionarias. Las mujeres muestran a menudo en las revoluciones el mayor entusiasmo y son capaces de los mayores sacrificios. Théroigne adoptó de repente severas costumbres, de Venus se hizo Minerva; quería ser modelo de virtudes republicanas. Ahora se portaba como una amazona, se presentaba con vestido corto de paño azul, cubierta con un sombrero al estilo de Enrique IV, una espada al cinto, dos pistolas a los costados, una fusta en la mano y montada en un caballo que guiaba magistralmente. Pronunciaba alocuciones al pueblo, cuya favorita fué presto la «bella liejesa»; se halló en las primeras filas de los asaltantes de la Bastilla; y en premio de su valentía recibió una espada de honor. Con una seña guiaba a las masas. El que quería obtener el favor del pueblo había de lisonjearla. Su acento walón se le perdonaba por su belleza. «Aunque sus rasgos no eran correctos como los de la Venus de Praxiteles, tenía, no obstante, una linda carita que podría trastornar al mundo» (3).

Tal es la heroína-símbolo del 14 de Julio.

No dudamos que el lector atento y sensato estará presa, en este momento, de sentimientos de desorientación y extrañeza. También lo estamos nosotros. Prescindamos de la vanidad muy francesa que rezuma el fragmento de Maritain transcrito antes, y preguntémosnos tan sólo: ¿Dónde pone Maritain la Idea de su Patria? ¿La Idea, es decir, aquel concepto sublime que ninguna realización práctica logrará nunca adecuar, pero que debe ser en todo momento el modelo que deben tener presente los encargados de devolverle la perdida grandeza? ¿En un abrazo sacrilego entre Santa Juana de Arco y Théroigne de Méricourt?

J. B. B.

(3) Weiss, *Historia Universal*. Tomo XV.

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

■

Suscripción:

Anual . . . 70'00 ptas.

Semestral . 35'00 "

Trimestral . 18'00 "

■

Número ordinario 3 ptas.

Vda. de **P. M. P.**

B A R C E L O N A

Christus

REVISTA MENSUAL
PARA SACERDOTES,
CON ESCOGIDO
Y VARIADO MATERIAL

●

«Buena Prensa»

Apartado 2181

Nota de la Administración

Distribuidos ya los índices correspondientes al pasado año 1946, nos complacemos en comunicar a nuestros lectores que, al igual que en años anteriores, nos encargamos de la encuadernación de los números.

A este objeto pueden remitir a esta Administración los ejemplares correspondientes o bien llamar al teléfono

22446

y les serán recogidos en su domicilio.

El precio es de **22 ptas.** que deberán ser abonadas por anticipado, al hacer entrega de los números.

También servimos tapas sueltas para los suscriptores que deseen hacérselo encuadernar por su cuenta. Su precio es de **18 ptas.**

EL ADMINISTRADOR

Cuevas de Artá

MALLORCA



Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

Las maravillosas
Cuevas de Artá

Adquiera la obra

del

Dr. D. Félix Sardá y Salvany

El Liberalismo es pecado

Obra que, a pesar de haberse escrito hace más de cincuenta años, conserva toda su actualidad

PIDALA EN NUESTRA ADMINISTRACION

Precio especial para nuestros suscriptores:

————— **3 ptas. ejemplar** —————